

Selección

TERROR

SUPLICAS EN LA CRIPTA

RALPH BARBY

SELECCION

TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

1. — *El teatro de los horrores,* Curtís Garland
2. — *Regreso de las tinieblas,* Ray Lester
3. — *El duque de la muerte negra,* Burton Haré
4. — *La rebelión de los espectros,* Kelltom Mclntire
5. — *La muerte regaló cinco llaves,* Ada Coretti

RALPH BARBY

SUPLICAS

EN LA CRIPTA

Colección
SELECCION TERROR n. 234
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 25.316 – 1977
Impreso en España - Printed in Spain
1.ª edición: agosto, 1977

Camps y Fabrés, 5. Barcelona (Espada)
Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera S.A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1977.

CAPÍTULO PRIMERO

La luz rojiza del techo acababa de apagarse. Sintió miedo, un miedo atroz que se transformaba en verdadero espanto.

Corrió hacia la puerta y se golpeó las piernas con la madera de la cama. Lanzó un leve quejido y tanteó en la oscuridad dentro de aquella habitación sin ventanas hasta conseguir hallar la puerta.

Buscó el pomo con avidez; era como si estuviera sedienta en mitad del desierto y arañara un manantial de arena húmeda del que no parecía querer brotar el agua.

— ¡Abrid la puerta, dejadme salir, dejadme salir! —insistió.

Las yemas de sus dedos resbalaron por la madera de la puerta hasta quedar sentada en el suelo, sollozando con profunda amargura.

Era una drogadicta. Las manos y los labios le temblaban, sus ojos nada veían y en aquellos momentos sintió la imperiosa necesidad de la droga, aunque fuera de las más débiles, un simple “petardo” para fumar.

Sollozó como cuando siendo niña se había quedado a oscuras, encerrada en el sótano de su casa, sin que nadie se acordase de ella.

Siguió gimiendo como una bestezuela acorralada. Escuchó voces, voces que le parecieron lejanas; luego, una música muy rítmica.

—Es abajo, abajo en el club —se dijo.

El club ostentaba tal nombre, pero era un engaño. Pocos lugares podían ser tan sucios en el Soho londinense como aquel Red Moon Club.

—Estúpida, estúpida... ¿Por qué habré sido tan idiota de meterme donde no me llamaban? —se preguntó entre sollozos. Mas, ya era tarde para lamentos y ella lo sabía.

Transcurrieron los minutos, quizá las horas, el tiempo perdió su valor. Se encendió la luz de la habitación y se abrió la puerta, empujando su cuerpo.

A contraluz vio a dos hombres, en el corredor había más claridad que dentro del cuarto. Eran altos, muy altos.

Sus ojos húmedos buscaron sus rostros. Descubrió varias cicatrices y la maldad reflejada en ellos.

— ¡Apartaos! —ordenó un tercer hombre.

—Necesitas un escarmiento —silabeó con su voz gruesa, cascada.

— ¡No, no volveré por aquí, lo juro!

El tipo del cigarro se rió de ella y los otros dos continuaron inmóviles, como si fueran incapaces de reír.

Le arrojaron una ropa de lino blanco a la cara.

La mujer, con cierto pudor, se retiró a un ángulo de la habitación y cambió su vestido por la túnica. Sabía que de no hacerlo por sí misma, la golpearían. Aquellos matones eran crueles con las

mujeres.

— ¿Y ahora qué? —preguntó con voz débil, insegura, con el miedo arañando sus entrañas.

—Ya estás lista. Pasaremos por el club para que te vean bien las demás, así sabrán a qué atenerse. Es conveniente que las chicas sepan lo que les ocurre a las que no son sumisas, a las rebeldes.

—Y luego, ¿qué haréis conmigo?

El tipo del cigarro sonrió, apartándolo de su boca.

—Se nota que eres nueva por aquí. Andando, y si gritas, mis muchachos sabrán cómo hacerte callar. ¿Sabes lo que les ocurrirá a tus costillas si te golpean con sus puños a un tiempo y uno en cada costado? Bueno, creo que ya lo sabes.

Fue sacada de la habitación vestida únicamente con aquella extraña túnica blanca. Se sentía apresada por aquellos rufianes con gran poder dentro del Soho.

En el club había mucho ambiente.

Cuatro chicas a un tiempo realizaban un singular número de *strip-tease* mientras un montón de espectadores (con entrada de socio transeúnte en el bolsillo, pues según las leyes británicas sólo en un club privado se podía ofrecer un espectáculo de *strip-tease)* enrojecían sus ojos mirando a las féminas, olvidando que con el dinero que ellos pagaban se enriquecían los proxenetas que controlaban a aquellas desgraciadas.

Las piernas de la joven pesaban, pero aquellos dos matones colocados respectivamente a derecha e izquierda de su cuerpo la empujaban materialmente, obligándola a caminar.

Quizá algunos clientes del club pensaron que ella prepararía algún número especial, pero las chicas que allí trabajaban sabían que el número que iba a interpretar sería lo más desagradable que podía sucederle en su vida.

El público hablaba y hablaba, mas nada se entendía; la música ahogaba todas las voces.

Las chicas del local la siguieron con la mirada y la que más y la que menos sintió verdadero terror al pensar que podía estar en el lugar de aquella desgraciada de cabello oscuro.

Fue paseada como el tributo que debe de ser mostrado antes de ser sacrificado.

Se vio caminando por detrás del pequeño escenario y luego pasó a un corredor oscuro.

Una puerta de acero, después otro pasillo y al fin una angosta puertecilla...

Una bocanada de aire libre golpeó su rostro, pero la obligó a detenerse. Allí olía a podrido. Los desperdicios se amontonaban y las ratas, grandes como gatos, saltaban de un lado a otro, molestas al ser

interrumpidas dentro de lo que consideraban su reino.

A aquel solar, rodeado por los edificios que daban a las callejuelas del Soho, miraban las fachadas posteriores de las casas.

Se veían muchas ventanas, la mayor parte de ellas oscuras. En otras había luces mortecinas. Si se prestaba atención, por encima de los chillidos de las ratas, se podían escuchar algunas risas, promesas de voces roncas, algún grifo abierto bruscamente.

Pupilas medio ocultas tras las cortinas miraban al solar en cuyo centro se alzaba una masa oscura, algo que, por falta de la suficiente luz, ella no pudo distinguir con claridad.

— ¿Qué, te gusta?

— ¿Qué es esto, adonde me lleváis?

Aquel rufián carente de escrúpulos se echó a reír. Luego, aclaró:

—Es la cripta de las ratas.

— ¡No!

El sujeto del cigarro lanzó un largo silbido mientras empujaba a la joven por entre los desperdicios hacia aquel templo insólito que se levantaba en mitad de la urbe, en un solar rodeado de edificios, en aquel barrio por donde pasaban la mayoría de los provincianos que llegaban a Londres, creyendo que hallarían el paraíso y que por unas libras sólo encontraban la entrega de una rameruela, tan controlada y apaleada por sus dueños como una bestia de mercado.

Por entre la basura avanzó un extraño ser. Debido a la escasa luz, hasta que estuvo muy cerca no pudieron distinguirlo.

Vestía una saya ajada, sucia, maloliente como cuanto le rodeaba. Era muy viejo, apergaminado, con la piel pegada a los huesos, de aspecto casi cadavérico.

Llevaba una barba que no era blanca sino amarillenta, en forma de chivo.

Sus orejas descomunales terminaban en punta hacia lo alto y sin lóbulos inferiores. Pero lo que más impresionaba eran sus ojos verde-amarillentos que semejaban despedir luz propia.

Aquel extraño y repugnante ser, que parecía sacado de otro mundo, de algún lugar avernal, sonrió mostrando dos dientes afilados como los de sus súbditas las ratas.

Sin que mediara palabra, se dirigió hacia la puerta de la siniestra y casi para todo el mundo ignorada cripta de cúpula ovoide.

Introdujo una gran llave de acero y franqueó su puerta, mostrando la impenetrable oscuridad que reinaba en el interior.

— ¡No, no quiero entrar ahí, no quiero entrar! —gritó la mujer.

Fue empujada hasta hacerle cruzar la puerta que los matones se abstuvieron de rebasar.

Sus pies se hundieron en algo viscoso y tan resbaladizo que, aun en contra de su voluntad, se deslizó hacia delante. Notó que otra

puerta se abría.

Quiso aferrarse a ella, pero sus manos, llenas de aquel moho viscoso y hediondo, no lo consiguieron. Escuchó el ruido de la sólida puerta que se cerraba. Luego, otra puerta y ya no oyó nada.

El más completo silencio acababa de rodearla y ello, unido a la más densa oscuridad, pues aquel siniestro templo carecía de ventanas.

— ¡Quiero salir de aquí! —gritó, desgarrándose la voz en su garganta.

Tanteó las paredes y no halló la puerta. Su voz, gritando desesperada, se multiplicó en ecos ensordecedores.

Acababa de caer sobre aquel moho que parecía cubrirlo todo, cuando en lo alto descubrió unos ojos grandes, fosforescentes, que la escrutaban mientras se movían a derecha e izquierda, de adelante a atrás.

Todos los ojos se movían, se movían... Quiso apartar su mirada de ellos, mas no pudo.

— ¡Piedad, piedad, piedad! —suplicó, pero aquellos ojos fosforescentes danzaban sobre su cabeza.

Una luz rojiza invadió la bóveda del extraño templo y pudo descubrir un corredor alto. Luego, comenzó a escuchar voces, voces tétricas que entonaban letanías.

Los ojos fosforescentes habían desaparecido y empezó a ver sombras, muchas sombras en el corredor superior.

Todos aquellos seres, que parecían gemir lúgubres y demoníacas oraciones, tenían el mismo rostro, eran monstruosos, idénticos a aquel viejo que abriera la puerta de la cripta.

Allí se reunían aquellos monjes satánicos, que iban ocupando el corredor, hasta sentirse totalmente rodeada por ellos.

De pronto, de alguna parte, surgió aquel ser repugnante, casi cadavérico, de ojos verde-amarillentos. Comenzó a acercarse a ella.

En sus manos portaba algo, era una especie de yelmo con rendijas frente a los ojos.

Mientras, aquellas lúgubres e ininteligibles oraciones, proseguían.

— ¿Qué hace, qué quiere de mí? Se lo suplico, déjeme, déjeme salir de aquí —gimió.

El extraño individuo, que podía ser un santón de no sé sabía qué secta, se acercó a ella sin que la joven pudiera ya moverse y le colocó el yelmo en la cabeza. Después, le ajustó un cerrojo en el cuello y se alejó de ella.

— ¡Sáqueme, sáqueme esto, por favor, sáquemelo, por piedad!

Forcejeó con el yelmo de acero inútilmente. Su cabeza había quedado encerrada hasta el cuello dentro de él y no podía quitárselo.

Todo el centro de la nave circular de aquel templo de alguna

perdida e ignorada ideología de la milenaria Babilonia, comenzó a brillar como si la hubieran cubierto con una alfombra de rubíes y seres horribles, monstruosos, la rodearon.

— ¡Ratas, ratas!

Sí, eran grandes ratas, ratas como lobos, ratas que tenían la misma cara de aquel viejo de dientes afilados y grandes orejas puntiagudas.

Aquel rostro infernal se multiplicaba alrededor de la joven y sobre ella, donde aquellos santones seguían orando con satánicos gemidos que montaban los unos sobre los otros.

Ella no entendía nada, sólo se percató de que aquellas grandes ratas, que tenían la cabeza del extraño viejo, la acorralaban, la acosaban.

Corrió de un lado a otro por encima de aquel tapiz que la hería y que brillaba como miríadas de rubíes.

Las ratas con cabeza humana, si es que se le podía llamar humana, saltaron sobre ella, la derribaron. Se revolcó de un lado a otro tratando de escapar.

Era tan intenso el dolor que sentía en todo su cuerpo que ni gritar podía, mientras profundas heridas se abrían en su carne.

Se arrastraba, saltaba, rodaba... Los brazos no le obedecían, tampoco las piernas. No podía levantarse. Sentía cada vez menos fuerza, la vida se le escapaba bajo el ataque de aquellos ojos verde-amarillentos que la rodeaban por todas partes.

Después, dejó de moverse, ya no podía. El dolor se mitigó y cada vez le costaba más mantener los ojos abiertos.

Cerró los párpados despacio y siguió escuchando las voces lúgubres, lejanas, hasta que se sumergió en el reino de la muerte que recibió agradecida, como fin de aquella espantosa situación que acababa de vivir.

CAPÍTULO II

En la cafetería self-service del Blood Hospital de la City, había mucho ruido de tazas, rostros somnolientos, olor a café y masticación de bizcochos, mantequillas y mermeladas.

Se comía aprisa antes de iniciar el tumo de la mañana, mientras en las dependencias del hospital aguardaban impacientes médicos, internos, enfermeras y auxiliares para ser relevados del turno de noche.

— ¿Puedo sentarme aquí?

Sue era primera enfermera especialista de quirófano, pese a su juventud. Su aspecto, de ordinario risueño, no le restaba un ápice de seriedad y eficiencia en su labor dentro de los quirófanos de urgencia.

Sue miró al joven médico, interno en el Blood Hospital en su período de práctica y especialización.

Muchas eran las enfermeras que habían hablado y mucho de Bert H. Hammon, el interno de psiquiatría, que todos aseguraban terminaría quedándose en firme con la plaza de psiquiatra del hospital, aunque muchos opinaban que Hammon, con su don de gentes, su afabilidad, su porte atlético, su mirada inteligente, sus facciones claramente masculinas y su abundante cabello rubio, tendría un gran éxito montando un consultorio por todo lo alto para atender a las histéricas y neuróticas millonarias de Londres, que llenarían sus arcas con libras y más libras, prestándose inmediatamente a tenderse en el sofá para contarle todos sus más íntimos deseos y frustraciones.

—Sí puede, doctor Hammon.

Bert Hammon depositó su bandeja plástica sobre la mesa, blanca como el traje de Sue. Encima de la bandeja había un copioso y abundante desayuno.

—Tiene mala cara, está muy pálida.

La atractiva enfermera miró a Bert Hammon por encima de la taza de café con leche antes de responder; era obvio que había un ligero temblor en su mano.

—He tenido una pesadilla muy desagradable esta madrugada.

— ¿Una pesadilla muy desagradable? —El asunto, como psiquiatra que era, interesó a Hammon.

—Bueno, creo que todo el mundo tiene pesadillas desagradables —suspiró Sue, como arrepentida de su confidencia.

—Sí, pero el problema, generalmente, en psiquiatría depende de si esas pesadillas son o no frecuentes.

—Pues no, no en mi caso.

—Sin embargo, es evidente que, la de esta noche ha sido muy desagradable. Sus manos tiemblan ligeramente.

La taza de café con leche se volcó en parte sobre el plato. Sue exteriorizó de forma más clara su nerviosismo y unas compañeras que

la vigilaban desde otra mesa, pudieron llegar a creer que estaba nerviosa por hallarse cerca del médico más cotizado entre las féminas del Blood Hospital.

—Creo que sería preferible que hoy se tomara un día de descanso.

Sue, con cierta altivez, tratando de demostrar que no estaba tan nerviosa como pudiera suponerse, inquirió:

— ¿Habla el psiquiatra o el galanteador?

—No creo que haya tratado de galantearla. Si le he pedido sitio aquí es porque no hay ninguna mesa vacía

—Disculpe. Al parecer, sí es cierto que estoy un poco nerviosa.

—Si precisa el consejo de un amigo que comienza a entender algo de psiquiatría de la mano del doctor Brundacke, estoy a su disposición.

—Gracias, pero tengo prisa, es mi turno.

— ¿Se va sin terminar de desayunar? Apenas ha probado bocado, eso aumentará su inseguridad.

—Buenos días, doctor Hammon.

El hombre se encogió de hombros y respondió al saludo alzando su taza de café con leche.

—Buenos días, señorita.

Bert Hammon trató de olvidarse de Sue, mas no era fácil. Aquella mujer le había impresionado desde el primer día que pisara el Blood Hospital como interno.

Sin embargo, no le había dicho nada especial ni tratado de acercársele. Sabía que circulaban rumores que trataban de convertirle en un donjuán y quiso que aquella opinión general muriera por sí misma, no haciendo más caso del debido a las enfermeras y pacientes que acudían a la consulta del doctor Brundacke y que él, como antesala preconsulta, atendía.

Aquella jornada de trabajo se le iba a hacer larga.

Sacó un cigarrillo y comenzó a fumar, a él también se le acabó el apetito. El rostro y el nerviosismo de la bella enfermera le habían preocupado.

El día fue fatigoso.

Cuando creía que hasta el último paciente se había marchado y que el propio doctor Brundacke, su profesor, había hecho lo mismo, encontró a Sue en la sala de espera. Seguía pálida, como mareada.

— ¿Le ocurre algo?

Ella, que miraba al suelo, alzó sus pupilas lentamente. El descubrió como una súplica en sus ojos verdosos.

—Quizá no he debido de venir, soy una tonta.

—No, usted es una verdadera profesional. ¿Quiere un cigarrillo?

—No me gusta fumar, hace tiempo que lo dejé, pero hoy se lo

acepto.

Bert le tendió un cigarrillo y le prendió fuego. Luego, pidió:

—Pase a la consulta, el doctor Brundacke ya se ha marchado, claro que si es a él a quien desea ver, puedo pasarle aviso para mañana a primera hora.

—No, gracias. Quizá lo que necesito es hablar un poco, hoy me siento torpe. Nunca había cometido tantos errores juntos dentro del quirófano. Por mi culpa ha estado a punto de ocurrirle un percance al hombre al que estaban interviniendo de corazón. He pedido que me relevaran, no me encontraba bien.

Caminó y, suavemente, Hammon la hizo sentar en el sofá sin pedirle que se tendiera.

Ambos estaban cansados y una luz indirecta iluminaba la estancia que olía a tabaco y a humanidad. Mucha gente había pasado aquel día por la consulta para explicar sus historias de sufrimiento, de lágrimas.

— ¿Ha tenido otros mareos en el quirófano?

Sue denegó con la cabeza. Tenía el cigarrillo en sus labios, sosteniéndolo entre los dedos corazón e índice diestros.

—Creo que es usted una enfermera muy cualificada y en cirugía no se llega a tal cualificación si la sangre produce algún trastorno.

—Es cierto, la sangre nunca me ha molestado.

—Pero hoy sí. ¿Me equivoco?

Ella misma se estiró en el sofá. Miró hacia el techo y dejó escapar hacia él unas anillas de humo capaces de asombrar a un experto.

—Ha debido de fumar mucho en otra época de su vida, ¿verdad?

—Se cometen muchas tonterías entre los quince y los dieciocho años con tal de parecer mayor, pero eso ya pasó.

—No vaya a decirme que es una vieja. Apenas tendrá veinte años.

—No creo que sea la edad lo que va a preguntarme, ¿verdad?

—No es lo más importante ahora, desde luego. Además, se puede ser muy joven cronológicamente y haber tenido muchas vivencias.

—Un hospital siempre es un chorro de vivencias, usted lo sabe, doctor.

—Llámeme Bert aunque sólo sea en la consulta. Como enfermera ya habrá oído comentar, que los pacientes en psiquiatría se liberan de sus problemas odiando en muchas ocasiones al psiquiatra, en el que personifican todos los males que les perturban.

Ella sonrió, apartando el cigarrillo de su boca.

Seguía mirando al techo, un techo apenas visible, pues una lámpara con pantalla metálica enviaba la luz hacia el suelo de forma

algo deslucida.

—Está esperando que le cuente mi pesadilla, ¿verdad?

—Si tanto le ha preocupado, creo que es un buen principio.

Jamás antes le había preocupado la sangre, pero bruscamente, tras aquella pesadilla, se había convertido en una persona incapaz de permanecer dentro de un quirófano con la brillantez precisa.

Era un síntoma claro de que algo dentro de su mente no funcionaba adecuadamente en aquellos momentos.

—Todo estaba muy confuso —comenzó a explicar—. Había una luz rojiza dentro de una habitación y ésta se apagó. Sentí miedo, espanto…

* * *

El joven doctor Hammon miró el bloc en el que había tomado las notas que creyera oportunas, de aquella extraña y espeluznante pesadilla sufrida por la enfermera.

Ella permanecía quieta, pálida, pero como algo liberada. En el cenicero había varias colillas de cigarrillos consumidos.

— ¿Comienzo a dar signos de demencia? —preguntó Sue con ironía.

—No es usted una persona mediocre a la que se le pueda responder una tontería.

—Perdone, la culpa ha sido mía por hacer una pregunta tonta. La verdad es que estoy preocupada, el sueño parecía tan real…

— ¿Ha vivido usted situaciones semejantes?

— ¿Cómo la de la pesadilla? —inquirió espantada.

—Bueno, comprenda —Bert vaciló—, puedo hacerle preguntas que parezcan insultantes, pero…

—Le entiendo. Puede disparar.

—Quiero decir si ha visitado a menudo el Soho.

—Lo he cruzado en taxi, jamás me he detenido en él, y por si quiere ahondar más en inhibiciones, traumas, etcétera, todavía soy doncella.

—Mi enhorabuena. Hoy en día, en Londres comienza a ser una *rara avis* digna de veneración.

—No se burle, Bert, es que he estado tan enfrascada en mi trabajo, que no he tenido tiempo de frecuentar discotecas ni fiestas particulares, de las que tantos drogadictos e inmoralidades salen.

—Hay algo que me preocupa de su sueño.

— ¿Y qué es?

— ¿Había algún espejo? Me refiero en la habitación, en esa extraña cripta o en alguna otra parte.

Sue quedó desconcertada y luego denegó con la cabeza.

—No, no recuerdo ninguno.

—Entonces, ¿cómo sabe que era usted misma la que estaba

sufriendo esos extraños y espeluznantes castigos?

— ¿Quiere decir que no era yo? Eso es absurdo, lo sentía como si lo estuviera viviendo.

—A veces, en los sueños no somos nosotros mismos los protagonistas, sino una mezcla de varios seres. Naturalmente, siempre hay algo de uno mismo en ellos, pero no tiene que ser usted forzosamente.

—Insisto en que era yo. De otro modo, no podía haberlo sentido todo de forma tan real.

— ¿Tiene alguna amiga íntima?

—No, todas son compañeras y quizá he sido poco social con ellas.

—Siempre el trabajo, claro, pero ¿y la familia?

—Soy huérfana.

—Un dato interesante. ¿Desde qué edad?

—Siete años, me eduqué en un orfelinato. —Con suficiencia, añadió—: Eso debe de ser tierra abonada para un psiquiatra que busca inhibiciones.

—Una niñez en un orfelinato siempre acarrea problemas psicológicos, pero haber permanecido en un hogar hasta los siete años ayuda mucho. Usted ya había aprendido a vivir y a reír, lo que es muy importante.

—Pero fui desgajada brutalmente del árbol que me había dado vida por un violento accidente ferroviario.

— ¿Sus padres, muertos?

—Sí. Sólo quedamos Loly y yo.

— ¿Quién es Loly?

—Mi hermana gemela.

—Caramba, caramba, eso es muy importante.

—No me diga. A los ocho años, ella abandonó el orfelinato.

— ¿La adoptaron?

—Sí, y quizá hubieran hecho lo mismo conmigo, pero un sarampión difícil, me provocó una desagradable bronquitis que me costó años quitarme de encima. Creo que la tos les asustó y Loly y yo no volvimos a vernos.

— ¿Nunca?

—Nunca. No puedo ni describirla, no sé qué cara tendría entonces. Son recuerdos amargos.

—Que ha tratado de olvidar. Por cierto, ¿qué orfelinato era?

—El Right Road of God, está en Birmingham.

—Bien, señorita Sue, creo que por hoy hemos terminado.

— ¿No va a pedirme que me deje inyectar pentotal para escudriñar en lo más hondo de mi mente?

— ¿Por qué se burla tanto de mi trabajo? Usted precisaba ayuda

y ha venido a verme. No creo que deba de avergonzarse por sentirse un poco débil.

Ella se incorporó.

—La verdad es que me siento mejor, hablando se desahoga una bastante. Gracias, doctor Hammon.

Había dejado de llamarle Bert, colocando entre ambos la barrera del trabajo y olvidando que hacía un instante había estado en la situación de paciente.

—Si vuelve a soñar, venga a verme, lo mismo que si continúa impresionándole la sangre. Si cree que todavía no estoy lo suficientemente experimentado, hable con el doctor Brundacke.

—Gracias, ya me siento bien. No quiero abusar, claro que si usted precisa algún favor en cirugía, no vacile en pedírmelo. Ahora estoy en deuda con usted.

Bert H. Hammon la vio salir de la consulta y quedó pensativo, mirando su bloc de notas. Aquello no tenía los visos de una simple pesadilla, allí se escondía algo más inquietante, que él trataría de descubrir sin alarmar a Sue.

Cerró la luz y salió a su vez de la consulta.

CAPÍTULO III

Se quedó pensativo y un tanto preocupado al detener su "Morris" frente al lujoso edificio de Paddington.

"Tengo que investigar, aunque quizá no ocurra nada", se dijo.

Salió del coche.

Aquel lujoso edificio de apartamentos tenía una sola vivienda por planta, de aproximadamente trescientos metros cuadrados, más otros cien de galerías con invernadero, galerías rematadas en lo alto por una enorme y afiligranada claraboya de cristal comunitaria, que les aislaba del clima londinense.

En invierno y gracias a la calefacción, los propietarios podían cultivar plantas y animales exóticos.

Una doncella de rostro adusto y seca en el trato salió a abrirle la puerta.

— ¿Qué desea?

—Soy el doctor Hammon, del Blood Hospital. —Hizo una breve pausa mientras mantenía las manos dentro de los bolsillos de la blanca gabardina, un tanto húmeda por la llovizna, que aquel día otoñal, acharolaba el asfalto de la city—. Quiero ver a los señores Conwell.

— ¿A los señores? —repitió la sirvienta, incrédula.

Bert se percató de inmediato de la suspicacia de aquella mujer y sacó sus credenciales de médico psiquiatra del Blood Hospital.

Ella, tras leerlas con minuciosa atención, dijo:

—Pase, doctor, y sírvase esperar unos momentos.

Quedó solo en un amplio, oscuro y barroco vestíbulo que a no dudar, pertenecía a un ferviente seguidor del partido tory.

—Pase, doctor.

La voz de la criada le arrancó de su ensimismamiento, mientras contemplaba carátulas africanas que se entremezclaban con algunos recuerdos de la artesanía pakistaní.

Fue conducido a través de la casa, que mantenía en todas sus estancias un excesivo abigarramiento de recuerdos, pese a que podían ser muy valiosos. Allí todo olía a museo viejo, poco cuidado.

Hasta él llegaron los cotorreos, palabras y gritos de unos guacamayos y sus ojos se inundaron de color. La terraza formaba un círculo completo que terminaba en una baranda. Bajo ella había otras

terrazas semejantes.

Estaban espléndidamente iluminadas, allí había tanta luz como en la propia selva amazónica, claro que era artificial y la llovizna londinense se estrellaba contra la claraboya de cristal.

Los guacamayos se balanceaban sobre ramas de vegetaciones y gruesos arbustos que allí, siempre a la misma temperatura, se conservaba como en su país originario.

Dentro de aquel jardín artificial descubrió a una mujer de cabellos grises, sentada frente a un tapiz, que ella misma confeccionaba con técnica oriental.

A su lado había una mesa de cristal y sobre ésta, una copa y una botella medio vacía.

—Siéntese, doctor Hammon. ¿No es ése su nombre?

—Así es, señora Conwell.

Bert observó que lo que estaba plasmando en el tapiz era una figura extraña. Parecía la visión retorcida de un ave prensora atacando a un perro. La madura dama olía fuertemente a alcohol.

— ¿Una copa, doctor Hammon? —se rió un poco mientras introducía un cabo de lana por la trampa—. ¿O usted no toma, doctor?

—No he venido a beber, pero tomaré una copa —dijo, interesado en averiguar qué estaba tomando aquella mujer, pues la botella tenía unos caracteres chinos que no supo descifrar.

—Adely, ¿no lo has oído? ¡Trae una copa para el doctor!

—Sí, señora, pero si sigue bebiendo, le va a dar otro ataque.

— ¡Estúpida entrometida, márchate si no quieres que te despida, y en ninguna parte te pagarían lo que me estás robando a mí! —masculló con voz cascada. Su aspecto era más que hosco, aunque cuando miraba al joven médico semejaba transformarse.

—Señora Conwell, no quisiera molestarla. Sólo he venido a hacerle unas preguntas.

— ¿Lo envía alguno de mis sobrinos?

—Oh, no, es algo más delicado, se trata de Loly.

— ¿Loly?

Su rostro se transfiguró, palideciendo intensamente.

Por unos momentos, Bert temió que le fuera a dar un síncope, pero la mujer reaccionó y su mano temblorosa se acercó a la botella.

Bert temió que la tirara y no teniendo autoridad para impedirle beber, máxime en aquellos momentos en que parecía imprescindible, él mismo tomó la botella y escanció una porción de aquel licor dentro del vaso.

La mujer lo bebió de un solo trago, apurando hasta las heces. Sin soltar el vaso de su mano, observó al joven médico por encima del cristal.

—Qué raro. Usted es médico, se da cuenta de que soy una alcohólica y no me impide beber.

—Soy psiquiatra, señora Conwell. No trato a los alcohólicos, pero sé bien que el éxito no estriba en impedir que el enfermo beba, sino en que éste comprenda que no debe de beber.

—Muy bien, merece usted un aplauso, doctor, sólo que esa historia ya la he oído muchas veces.

—Aquí tiene el vaso —gruñó la sirvienta dejándolo sobre la mesa.

—Ahora, déjeme que le sirva yo, joven y guapo doctor, ya tengo las manos más seguras. A veces me dan temblores y pienso que nunca terminaré el tapiz.

Bert dejó que le escanciara el extraño licor en el vaso recién traído.

— ¿La idea del dibujo es suya?

—Sí. Estos tapices tienen la gracia de que uno puede hacer lo que quiera, no son como esos tapices para papanatas, con los que ya dan una plantilla, indicando los colorines que deben de colocarse en cada sitio.

—Se nota que es usted una persona que gusta del arte, señora Conwell.

Tomó una parte del licor mientras la mirada femenina caía sobre él como un venablo.

— ¡Bravo, no ha parpadeado usted en absoluto, se nota que tiene buen estómago! ¿Sabe que me divierto mirando las caras que ponen las personas a las que invito a beber mou-ta?

—No me extraña, el licor es fuertecillo, pero me gustaría más hablar de Loly.

— ¿Dice que es usted psiquiatra?

—Así es.

— ¿Ya la han encerrado con camisa de fuerza?

— ¿A quién?

— ¿A quién va a ser? A Loly.

— ¿Por qué habríamos de encerrarla?

—Entonces, ¿para qué ha venido a verme? Creí que me traía buenas noticias.

—Señora Conwell, creo que es mi deber aclararle que hice una investigación en el Right Road of God de Birmingham y me dijeren que hace catorce años, usted y su marido adoptaron a una niña llamada Loly cuyos padres habían muerto en un accidente ferroviario.

—Sí, y maldita la hora en que fuimos a ese orfelinato.

Quiso escanciarse más licor. Era obvio que su mente no estaba muy clara, y Bert le sujetó la botella.

—Quizá no deba de cortar totalmente la bebida, pero si deja más

tiempo entre trago y trago será un bien para su salud, señora Conwell. Es un consejo gratuito.

—Mi guapo y joven doctor, las mujeres deben de enamorarse de usted, ¿verdad? —le preguntó mirándolo con pupilas enrojecidas por la bebida.

—Loly fue traída a esta casa, ¿verdad?

—Mi marido también era muy guapo y tenía mucho empaque —dijo como si no hubiera oído sus anteriores palabras.

Se levantó. De un cesto cubierto con alambres tomó unas frutas y caminó hacia los guacamayos, que comenzaron a moverse en vaivén, de derecha a izquierda, y viceversa, expresando su contento por la comida extra que se avecinaba.

—No tuvimos hijos, jamás podríamos tenerlos, yo soy estéril. George quería un heredero, se resignó, pero yo no. Al fin, conseguí que aceptara, la adopción de una criatura. Seré sincera, no me gustan los bebés, yo quería una niña algo crecida y a la que pudiera contar cosas y ella comprenderme. Esa niña fue Loly, porque nos fuimos a Birmingham para adoptarla. A George no le gustó demasiado.

Sonrió con sarcasmo, mientras entregaba la fruta a los fuertes picos de las aves prensoras, que se disputaban aquella especie de premio.

—George dijo que la niña no heredaría nuestra fortuna, era muy conservador. Prefería que heredaran sus sobrinos, que llevan su sangre, y no un hijo adoptivo. Me acusó de haber escogido a una niña para tener una muñeca con quien jugar.

"Bueno, recuerdo que comencé a ser feliz. El se pasaba mucho tiempo fuera, viajaba continuamente como si le molestara permanecer en casa, hasta que un día que regresaba de Oriente descubrió que Loly, además de muy cultivada culturalmente, comenzaba a ser una mujercita.

“Empezó a quedarse más tiempo en casa y se hizo muy amigo de ella. Loly siguió creciendo, aumentando en belleza. Un día, abrí bruscamente las puertas de la salita de fumar y allí estaban los dos fumando, pero no olía a tabaco, sino a esas malditas “hierbas” que todo lo ensucian, que pudren nuestra civilización.

"Les recriminé lo que estaban haciendo, pero se burlaron de mí. A partir de entonces, inicié los trámites para que Loly entrara en un colegio de señoritas en Suiza. Pero ella, que había sido siempre tan buena estudiante, se negó a marchar, con gran complacencia de George, que la secundaba en todo. Cada vez se presentaba en casa con vestidos más caros y escandalosos.

”Un día, les oí discutir violentamente. Loly le exigía dinero y, ¿se imagina para qué, mi joven doctor?

— ¿Drogas?

—Como se nota que es usted psiquiatra. La pequeña, la bonita, la cultivada Loly, era ya una drogadicta, y todo porque George había comenzado ofreciéndole “hierba” como un juego, sin detenerse a pensar en las posibles consecuencias. —Suspiró; parecía cansada, agotada—. Loly se marchó de casa diciendo que ya encontraría dinero. George la .buscó.

— ¿La halló?

—Sí, con hippies y por Portobello. Le ofreció dinero para que regresara. Ella lo aceptó, pero al día siguiente, volvió a escaparse. George quedó hundido, fracasado, hecho un guiñapo y yo le escupí a la cara, que la Loly que había encontrado era su obra.

“Se encerró en su despacho, nunca había visto a un hombre tan acabado, pero en el fondo no podía dejar de quererle. Al día siguiente, Adely lo encontró ahorcado.

—Lo siento, es una historia algo deprimente.

— ¿Algo? Es usted benévolo con sus palabras, doctor Hammon. Ahora, quedan mis sobrinos, son como buitres que reclaman la carroña llamada dinero. Esperan que yo muera o, por lo menos, sea encerrada por un agudo ataque de *delirium tremens.* Entonces, saltarán con sus zarpas, como tigres sobre lo que tengo. Supongo que muchas cosas de las que están en la casa pasarían rápidamente a los anticuarios de Portobello para ser vendidas. Los chicos de ahora son muy prácticos, prefieren una lancha rápida a una fina porcelana de la dinastía de los Ming. Sin embargo, estoy pensando en la forma de dejarlos chasqueados con el testamento.

Pareció cambiar de expresión y dejando de mirar los policromos plumajes de las exóticas aves, se volvió hacia Hammon.

—Usted ha venido a decirme algo acerca de Loly, ¿verdad?

—Señora Conwell, en aquel orfelinato había dos hermanas gemelas. Ustedes sólo adoptaron a una.

—Sí, ya recuerdo. La otra niña estaba muy enferma, rumoreaban que no se salvaría.

—La niña se llamaba Sue y no sólo se salvó, sino que se convirtió en una eficiente enfermera del Blood Hospital. Ahora, a ella y a mí nos gustaría encontrar a su hermana.

— ¿Buscan a Loly? —musitó como ensimismada—. Déjenla, olvídenla. Loly se hundió totalmente y cuando la encuentren, será en una cueva donde aniden como las ratas, esos vagos que proclaman el amor y la paz mientras no dejan de consumir drogas, o —con sarcasmo agregó—, en la Morgue, ahí es donde terminan las chicas como ella.

CAPÍTULO IV

Sue había estado reflexionando sobre si debía o no pedir unos días de permiso.

"Será el cansancio", se dijo para tranquilizarse.

La visión de la sangre la afectaba y había necesitado hacer un gran esfuerzo para sobreponerse y seguir adelante en su tarea del quirófano.

Tras lo operación, recibió una felicitación del cirujano jefe, que había llevado a cabo la intervención quirúrgica.

—Ya sabía que usted superaría lo del otro día. Ha estado como siempre, magnífica.

—Gracias, doctor.

Tras cambiarse y lavarse, se dispuso a ir al vestuario de enfermeras.

Bert H. Hammon le salió al paso en un corredor iluminado por bombillas, que esparcían su luz a través de pantallas opal.

—Hola, Sue.

—Doctor Hammon.

Tres compañeras de Sue pasaron junto a los dos, aguantándose la risita. Luego algo más distantes, cuchichearon entre sí.

—Van a creer que el gran lobo anda de cacería —comentó la muchacha.

—Un lobo no podría ganar a una pantera.

— ¿Me considera una pantera? —inquirió entre desconcertada e irónica.

—La considero una mujer eficiente y segura de sí misma.

—Vaya, parece que eso es lo que he sido siempre.

—Sue, no he venido a su encuentro para hacer el tonto. Mire esta fotografía.

Le mostró el retrato y Sue quedó muy sorprendida.

— ¿De dónde lo ha sacado? Si soy yo.

—Usted, no. El pelo es distinto.

—Es cierto, es como si me hubiera teñido de morena.

—El misterio es fácil de desentrañar. Ella es Loly.

— ¿Loly?

—Sí. He estado investigando, primero en el orfelinato. Ha sido

un poco dificultoso, pero gracias a mi condición de psiquiatra del Blood Hospital he conseguido que me fueran dados. Luego me he dirigido a la casa que se convirtió en su hogar. La verdad, Sue, Loly no tuvo más suerte que usted al ser adoptada.

— ¿Qué sabe de ella, dónde está?

—Le explicaré. El teniente O'Connor nos ha dado una cita,

— ¿El teniente, de Scotland Yard?

—Sí. Ya le contaré por el camino.

Sue se dejó llevar, estaba impresionada. En el "Morris" de Bert H. Hammon se sumergieron en el tráfico londinense.

Seguía lloviznando, todo estaba mojado, y las luces de las altas farolas se reflejaban en el asfalto, molestando a los ojos de los conductores.

Luego, los chorros de luz de los faros de los coches se entremezclaban y sus luces rojas de frenado eran como carbones encendidos, que aparecían aquí y allá, mientras los limpiaparabrisas oscilaban una y otra vez, incansables en su monótono zum-zum.

—Es horrible lo que me ha contado —musitó Sue tras escuchar el relato de Hammon.

—Sí, es una historia desagradable. Loly no tuvo suerte. En la droga se empieza pensando que se puede abandonar después y no es así. Hay muchas Lolys en el mundo —dijo Bert mientras aparcaba su coche.

Sue quedó dentro, entre asustada y perpleja.

— ¿La Morgue?

—Sí, estamos citados aquí.

— ¿Es que mi hermana...?

—No lo sé. Fui a Scotland Yard, quería saber de Loly. La señora Conwell, antes de despedirnos, me entregó esta fotografía, que yo mostré a la policía.

— ¿Y ellos qué dijeron? —preguntó apremiante.

—El teniente se interesó por qué la buscaba y respondí, que una hermana suya deseaba encontrarla tras saber que había marchado del hogar en que fuera adoptada.

— ¿Le ha contado mi pesadilla?

—No. La escuché como psiquiatra y, por tanto, es secreto profesional. Después de todo, ignoramos si puede haber una conexión.

— ¿Es que acaso teme que exista una conexión entre mi pesadilla y...?

Miró el edificio de la Morgue y Bert se dio por aludido.

—Será mejor que salgamos, el teniente O'Connor nos está esperando.

En el vestíbulo del depósito encontraron a una mujer, que se arrebujaba en su abrigo de pieles. Al verles entrar, quedó pálida. Sue

iba a pasar de largo junto a ella, pero Bert se detuvo.

—Buenas noches, señora Conwell.

— ¿Es Loly? —preguntó apagadamente.

—No, señora Conwell. Es su hermana Sue.

Sue se la quedó mirando y la señora Conwell, que por más perfume que se había puesto encima, no lograba disimular el olor a alcohol, se alejó rápidamente de ellos, como si acabara de ver a un fantasma.

—Qué mujer más extraña —comentó Sue.

—Está amargada y con razón.

El teniente O'Connor era un sujeto fornido. Sostenía entre sus labios una pipa que se hallaba apagada y que posiblemente mantendría así durante muchas horas del día.

Su cara era dura, de rasgos cortantes, y su mirada resultaba despiadadamente inquisitiva.

—Buenas noches, doctor Hammon.

—Esta es la señorita Sue, enfermera del Blood Hospital.

—Sí, es fácil reconocerla. Mucho gusto, señorita.

— ¿Me han traído aquí por mi hermana?

— ¿Cuánto tiempo hace que no la ha visto, señorita Sue?

—Desde que teníamos ocho años.

—Entonces, no servirá de mucho su reconocimiento, aunque, después de todo, está bien claro. La propia señora Conwell, su madre adoptiva, la ha identificado, de modo que si desea ahorrarse el siempre desagradable reconocimiento, puede hacerlo.

—Teniente, soy enfermera y estoy acostumbrada a situaciones desagradables, como usted las llama. Cada día permanezco un mínimo de cuatro horas dentro del primer quirófano del Blood Hospital.

El hombre de Scotland Yard se rascó la nuca con la uña de su pulgar diestro.

—Entonces, sígame.

Un empleado del depósito, obedeciendo las indicaciones del teniente, abrió un cajón del enorme frigorífico donde un cadáver podía permanecer meses hasta su reconocimiento.

La sábana blanca, algo acartonada, no conseguía ocultar la presencia de un cuerpo humano bajo ella.

El teniente O'Connor levantó una punta del lienzo y mostró el rostro de la infeliz que allí yacía, tan fría como la mismísima sábana, que despedía el hedor desagradable, que el frigorífico proporcionaba, para que los cadáveres no se descompusieran.

Bert agradeció que la muerte hubiera sorprendido a aquella joven con los ojos cerrados. Habría sido mucho más penoso contemplar sus pupilas vidriosas, mirando lo que ya no podían ver.

Sue quedó tensa, pálida. Al fin, apenas sin voz, reconoció:

—Apenas se parece a la de la foto, aunque no cabe duda de que ambas nos parecemos mucho.

El teniente explicó:

—Estaba fichada por la policía. Había cumplido una pequeña condena y pagado diversas multas.

— ¿Por qué?

El teniente carraspeó.

—Por callejear, y usted ya me entiende.

—La mal llamada "vida alegre" quema rápidamente la juventud y envejece los rostros, cargándolos de arrugas como si quisiera reflejar en ellos la propia suciedad del alma y, perdone que lo haya dicho —observó Bert con gravedad.

—También era drogadicta reconocida. No se la pudo encausar nunca, porque sólo tomó droga y no traficó con ella —explicó el teniente—. Eso envejece aún más aprisa. La verdad, señorita, su hermana no se parecía a usted en nada, sólo hay que verlas para opinar.

—Sí, no cabe duda, ha de ser mi hermana, pero recuerdo que tenía una cicatriz en el antebrazo. Fue una quemadura...

Levantó una parte más de la sábana y lanzó un grito, aterrorizada.

— ¡Cálmese, cálmese! Sólo quería que viera su rostro, nada más. En fin, creí que siendo enfermera resistiría más.

Bert sostuvo a Sue para que no se desplomara. Esta, sollozando, preguntó:

—Dios mío, ¿qué le han hecho?

—Tiene todo el cuerpo, a excepción de la cabeza, lleno de heridas profundas hechas con objetos cortantes, pero ningún órgano importante, resultó suficientemente dañado como para causar una muerte inmediata. Hay heridas profundas, sí, pero la muerte sobrevino a consecuencia de hemorragia múltiple. Con el cuerpo tan lleno de cortes y en todas direcciones, es lógico que las venas y arterias quedaran multiseccionadas.

—Pero ¿quién pudo someterla a tan horrible tortura?

—Eso es lo que tratamos de averiguar, señorita. Su hermana fue bañada luego en un extraño líquido, tras ser lavada, pues no se le encontró sangre reseca,

— ¿Y dónde la hallaron?

—En el Támesis, como a las otras.

— ¿Las otras? —repitió Bert perplejo.

—Sí, con ésta ya son siete las muchachas que han pasado por la misma situación. Scotland Yard está muy intrigado y les rogaría que guardaran silencio al respecto. La señora Conwell sabe que ha sido asesinada, pero nada más. Mueren muchas chicas de mala vida, pero

estas siete han aparecido asesinadas de idéntica forma. Siempre hay psicópatas, que la emprenden con las furcias. Son presas fáciles, ya saben, la soledad, el momento propicio. Sin embargo, en estos siete casos hay mucho más. Es como si siguieran un ritual. La hemos encontrado como a las otras, dentro de un ataúd flotando en el Támesis. Son féretros oscuros y lujosos, cerrados herméticamente, que medio desaparecen en las aguas. Apenas si asoman a nivel del río y pasan prácticamente desapercibidos. Les arrancan las cruces y es extraño que no sean lastrados con piedras, para que se hundan en el río.

— ¿Y dice que han sido siete, contando a Loly? —inquirió Sue con un hilo de voz.

—Sí, y los ataúdes robados fueron diez. Todavía quedan tres y nos gustaría encontrar al o a los asesinos, antes de que esos féretros fueran llenados.

—De modo que faltan tres... ¿Y cómo saben que alguno de esos tres no ha llegado ya al mar? —preguntó Hammon.

—Porque el Támesis está vigilado constantemente aunque mucha gente no se dé cuenta de ello, por eso recobramos tantos cadáveres del rio. Cada día se producen suicidios, asesinatos o simples accidentes. Estamos seguros de que faltan aún tres ataúdes. Cuando aparecieron los primeros, investigamos a fondo y descubrimos que habían sido robados diez féretros de un camión estacionado, que se dirigía de Liverpool a Londres. No hemos hallado la menor pista de los ladrones, pero sí hemos ido encontrando ataúdes, todos llenos. El de esta chica es el séptimo.

— ¿Y no tiene la más ligera idea de quién o quiénes puedan ser los asesinos?

—Investigamos —respondió secamente a la pregunta de Sue. Con desesperanza, añadió—: La verdad es que no sabemos siquiera en qué punto son arrojados los ataúdes al Támesis, con su desgraciada carga.

— ¿Tampoco existe algún punto de contacto entre las mujeres asesinadas? —interrogó Bert Hammon.

—Sólo su forma vergonzosa de ganarse la vida, pues todas no eran drogadictas.

Sue agarró el brazo del doctor Hammon y pidió con voz ahogada:

—Por favor, salgamos de aquí. Me siento profundamente mareada.

—Buenas noches, teniente. Espero que halle pronto al o a los culpables —dijo Bert gravemente.

—Lo buscaremos, pero estos casos suelen ser muy difíciles. Un día, el psicópata se cansa o simplemente desaparece o muere sin que

nosotros lo sepamos y el caso queda archivado. De crímenes cometidos contra chicas de vida ligera tenemos los archivos llenos.

Sue ya no escuchaba, su mente estaba turbada.

Sólo oyó el ruido metálico de un cajón que se cerraba y con él, un cuerpo que antes tuviera vida regresaba al mundo del frío.

CAPÍTULO V

La estación Victoria del ferrocarril londinense nunca estaba vacía; el ajetreo era constante.

A los oídos de Chi-chí Raquel todo sonaba a zumbido de abejorros mientras los altavoces no cesaban de lanzar avisos. Tenía un billete en la mano y no sabía siquiera para dónde lo había cogido. Lo fundamental era huir, sí, huir de Londres, lo más lejos posible, no importaba a qué lugar.

Chi-chí Raquel miró a su alrededor, sintiéndose aturdida.

Buscaba con la mirada a algún empleado de la gran estación ferroviaria, verdadero hormiguero humano.

Estaba cansada de que la explotaran como a una bestia, para apenas recibir unas libras, que sólo le llegaban para vestidos sugestivos, que atrajeran a más clientes y no para que ella pudiera gastárselo en lo que deseara.

Quería liberar la hipoteca de la granja que su padres poseía en Escocia, y al que siempre había hecho creer que estaba en un trabajo honesto dentro del multitudinario Londres.

—Hola, Chi-chí —dijo de pronto una voz a su espalda.

Se giró bruscamente, descubriendo aquel rostro tan conocido y odiado a un tiempo por ella y las demás desgraciadas que eran sus compañeras. Pese a darse cuenta inmediatamente de que era él y no otro quien la interpelaba, no pudo evitar un respingo de miedo.

— ¡Fleshly!

—Hola, Chi-chí. Parece que vas de viaje —observó el hombre con sarcasmo, sin apartar el cigarro de entre sus dientes.

Chi-chí Raquel sabía que nada bueno podía esperar de aquellos ojos, que la observaban con mucha atención.

—He venido a esperar a una amiga. Me ha escrito, ¿sabes? —le dijo sin fuerza ni convencimiento. Se daba cuenta de que Fleshly no iba a tragarse aquella improvisada “bola”.

—Eres estúpida, Chi-chí, siempre me lo has parecido —silabeó sin perder un ápice de su calma, de su seguridad, de su ironía, aquel rufián propietario del Red Moon Club y de los edificios colindantes, donde había muchas habitaciones, de las que obtenía un pingüe beneficio—. Sabes bien que cuando una chica trabaja para mí ya no

puede marcharse, salvo que yo le dé la patada y esto no suelo hacerlo, pues siempre hay quien ofrece algo por un traspaso.

— ¡Eres un sapo repugnante!

—Vaya, ahora te destapas. No debes de quejarte, siempre te he dado buenas libras.

— ¡Por cada libra que me has pagado, tú te has quedado cien!

—No grites, Chi-chí, vas a llamar la atención —le advirtió siempre seguro y con las manos hundidas en los bolsillos de su abrigo oscuro, de inmejorable tela de Manchester y lana australiana.

— ¡No volveré contigo! Si no me dejas marchar, gritaré, sí, gritaré y los dos iremos a la comisaría. Allí hablaré largo y tendido, ¿lo oyes, Fleshly? Vas a pasarlo muy mal.

—No sabía que pudieras llegar hasta a amenazarme —objetó el hombre, desenfundando una de sus manos, para quitarse el cigarro de la boca y golpearlo con el dedo meñique, para arrojar la ceniza al suelo.

Lo que Chi-chí ignoraba, era que aquel gesto suponía una contraseña y que por allí acechaban los dos matones de Fleshly.

—Te interesa dejar que me vaya, porque aunque me llevaras a rastras no haría ni un trabajo más. ¿Lo has entendido? ¡Ningún trabajo más! Así se lo he dicho a las otras antes de largarme con mi maleta. Maldita sea mi perra suerte... Después de todo lo que he hecho y en lo que me he convertido y sólo me llevo en la maleta unos puercos vestidos, que no podré ponerme en mi pueblo de Escocia, y unas alhajas de bisutería, que brillan mucho y apenas valen unas libras. Te odio, Fleshly. Los hombres como tú deberían ser ahorcados, pero te lo digo, conmigo se acabó. Ni aunque me arrastraras por los pelos.

Con disimulo, Fleshly controló a sus dos matones, pero siguió hablando con la mujer casi con parsimonia para distraerla.

— ¿Y qué piensas hacer en Escocia? ¿“Trabajarás” por tu cuenta?

—No, creo que me moriría de vergüenza, empezaré una nueva vida. Seguro que aunque sea como limpiadora de lavabos terminaré con más ahorros, que llevando esta perra vida de muchas lucecitas pero que sólo tiene lodo.

Chi-chí no contuvo todo el odio que llevaba dentro y apenas a dos palmos de distancia, le escupió a Fleshly en la mismísima cara.

En los ojos del rufián apareció un fulgor homicida mientras no podía evitar que sus dientes se hundieran en el costoso cigarro importado de Latinoamérica.

Dos supuestos viajeros, dentro de aquel ambiente brumoso y húmedo de la estación, tropezaron con Chi-chí Raquel viniéndole por la espalda, a derecha e izquierda respectivamente.

Uno de ellos, con su grueso zapato, golpeó el pie de la mujer,

que ya tenía irnos cuantos años, no era ninguna niña. Había rebasado los cuarenta y se hallaba en esa edad indefinible en la que van apareciendo las arrugas en gran cantidad, debiendo recurrir a los cosméticos para disimularlas.

Mientras se quejaba del dolor en el tobillo y gritaba “¡Brutos!”, sintió un pinchazo en la nalga, que no le causó ni la décima parte del dolor del tobillo, por eso casi le pasó inadvertido.

Todo fue rápido, simultáneo.

Los dos supuestos viajeros la sujetaron, como evitando que fuera a caer, mientras se apretaban contra ella casi efusivamente, como quien recibe en la estación a una amiga esperada.

Chi-chí Raquel sintió un profundo ahogo. Notó que la cara le ardía y la vista se le nubló.

No perdía la conciencia, pero todo se metamorfoseaba ante sus ojos, incluso la cara de Fleshly, que con un pañuelo se la estaba limpiando.

Necesitó aire, mucho aire, y sus senos se movieron fatigosamente. Se sintió empujada, casi llevada en volandas por los dos secuaces de Fleshly, que con su estratagema coordinada la habían drogado.

De aquella forma no podría pedir auxilio, y así sucedió.

Con la mente algodonada, abandonada a una fuerte laxitud tras la violenta reacción de la traidora inyección de narcóticos, se vio sentada en la parte posterior del lujoso automóvil de Fleshly, que se dirigía de retorno al Soho de donde ella había escapado.

Cuando comenzó a tener una vaga noción de la realidad, era ya arrojada sobre el lecho de la que, durante mucho tiempo, había sido su habitación.

—Será una buena lección para todas que tú recibas el escarmiento por haber querido largarte, así no se le ocurrirá a ninguna la misma idea.

Se escuchó un portazo y quedó sola.

Si bien recuperaba la lucidez mental, seguía débil físicamente a causa de la fortísima dosis de narcótico que le inyectaran traidoramente.

Gateó por la cama e introdujo la mano por detrás del dosel. De allí sacó una pequeña pistola del calibre 22 que había comprado a un cliente.

Se había hablado mucho entre las chicas de la profesión de la existencia de sádicos que disfrutaban asesinándolas. Mucha tinta se había derramado al respecto en periódicos y revistas especializadas en el crimen, por ello había tomado la precaución de adquirir aquella pequeña pistola, que jamás había usado y de la que acababa de acordarse como última tabla de salvación.

La cripta de las ratas...

Todas temían espantosamente a la fatídica cripta. Las que allí entraban, jamás salían y se explicaban cosas horribles de lo que acontecía en su interior.

Aquel extraño personaje, al que entre ellas habían dado en llamar Kid, pues ignoraban siquiera que tuviera algún nombre, les inspiraba profundo terror.

—Me abriré paso a tiros si hace falta —se dijo—, pero antes mataré a ese Kid.

Dando traspiés como si se hubiera bebido dos pintas de whisky, se acercó a la ventana.

Apartó las cortinas, rojas y sucias, y abrió los postigos, que siempre permanecían cerrados; después, todo el ventanal.

Una bocanada de aire fétido llegó hasta ella.

Allí estaba la mole siempre oscura, Húmeda y lúgubre, rodeada de abandono, dentro de aquel solar que, en medio del Soho, tanto dinero valía y que, sin embargo, era ocupado por la extraña cripta, cuya existencia muy pocos conocían, lo que no era raro, pues dentro del gran Londres había edificados templos para todos los gustos y cultos.

— ¡Kid! —llamó Chi-chí con la pistola por delante.

Las ratas saltaron por entre los desperdicios acumulados, que nadie se preocupaba de recoger. Formaban una gruesa alfombra entre la que las ratas desaparecían y volvían a aparecer tras recorrer unas yardas.

Las autoridades sanitarias ignoraban la existencia de aquella basura. Sin embargo, no era aquél el único foco de detritos ignorados que había en Londres.

— ¡Kid!

Algo se movió. Era la sombra de un ser deforme, contrahecho.

Había que hacer grandes esfuerzos visuales para identificarlo; sin embargo, no podía ser otro que el extraño personaje oriental, allí a la luz de la lima, bajo el cielo encapotado y la tenue llovizna.

Cualquiera que hubiese visto a Chi-chí en aquellos momentos, se habría percatado de que, además del deseo de matar a aquel ser repugnante, sentía un miedo cerval. Por eso, su mano oscilaba sin conseguir apuntar al ser vivo que debía de ser su blanco.

Kid recibía de vez en cuando bolsas de bombones y otras chucherías, que le eran arrojadas por las ventanas y que debía de disputar a las ratas.

Las compañeras de Chi-chí Raquel le tiraban aquellas golosinas, como para conjurar un posible peligro, como si en cierto modo quisieran tenerle contento por si algún día tenían que vérselas con él, aunque luego las ventanas se cerraban rápidamente, temerosas.

Como si presintiera la presencia de la mujer desesperada, Kid alzó su cabeza encarándose con aquella ventana de la que apenas escapaba luz.

Chi-chí se estremeció de pies a cabeza.

Aquellos ojos que la miraban eran malignos, obsesivamente malignos. Sintió vértigo y su zurda tuvo que agarrarse al alféizar para no caer al vacío, sobre los detritos que apestaban, sobre aquellas ratas que saltarían encima de ella, codiciosas.

Los ojos amarillo verdosos de Kid semejaron hurgar en su cerebro de forma tan dolorosa que quiso gritar, pero el grito no salió de su garganta.

Siempre había temido a la cripta de las ratas y a Kid, rey de las ratas, pero jamás había creído que experimentaría aquel espanto.

En vez de jalar el gatillo del arma, como si una fuerza misteriosa la dominara, su diestra se fue abriendo hasta que la pequeña pistola, acomodada por su tamaño a una mano femenina, cayó al vacío perdiéndose entre los escombros.

Temblando, cerró la ventana apresuradamente, dando la espalda a aquellos ojos, que ya no podía apartar de su mente, aquellos ojos que se habían clavado dentro de ella.

Imaginaba el rostro del viejo repugnante quien debía de sonreír, diciéndose que sólo tenía que esperar.

Corrió hacia la puerta y trató de abrirla. Fue inútil.

La madera no cedió a sus tirones y sollozando, se pegó a ella. Perdió la noción del tiempo mientras temblaba de espanto.

La puerta se abrió al fin, bruscamente. Apareció Fleshly y, tras él, sus dos matones.

—Vamos, Chi-chí, ponte esta túnica blanca.

— ¡Nooo! —chilló desesperada.

—Muchachos, Chi-chí se pone tonta. Acelerad.

Los dos sujetos de rostro implacable y despiadado, pasando a derecha e izquierda de Fleshly, se adentraron en la habitación.

La mujer retrocedió asustada, mas pronto comprendió su debilidad.

Les puños de aquellos canallas fueron implacables con ella y sintió el dolor dentro de su cuerpo, un dolor lacerante que la ahogaba.

Poco después, estaba vestida con la túnica blanca del sacrificio. Gritó con toda su alma, pero uno de los matones se apresuró a taparle la boca con la mano.

Chi-chí mordió como podría hacerlo una bestezuela acorralada y el sicario lanzó un gruñido de dolor. Chi-chí recibió un rodillazo en el costado y luego, le apretaron la nariz hasta que se vio obligada a abrir la boca para respirar.

En aquel momento Fleshly, que estaba esperando, pulsó el spray,

que vertió su pulverización dentro de la garganta de la mujer.

Esta sintió un vivo escozor en su faringe e intentó volver a gritar. Se dio cuenta entonces de que ya no podía. Le habían narcotizado las cuerdas vocales y de este modo, sin fuerzas, sostenida entre los dos matones, abandonó la habitación.

Fue bajada a la sala del club.

Varias compañeras la vieron y la siguieron con las pupilas. Una de ellas desvió la mirada hacia la pista donde comenzaba una actuación desvergonzada, como todas las que allí se ofrecían; quizá se sentía culpable por haber delatado la fuga de su compañera.

Chi-chí se vio llevada casi en volandas hasta la puerta, que daba al solar rodeado de viejos y sucios edificios en cuyo centro se elevaba la extraña edificación, no muy grande.

Allí aguardaba Kid, escrutándola con sus ojos fosforescentes. Sonreía sobre su barba mientras masticaba algo.

Sacando fuerzas de donde no las tenía, Chi-chí intentó zafarse de los sicarios de Fleshly, mas no pudo conseguirlo. Al fin, Kid abrió la puerta del extraño templo que alguna desconocida secta, descendiente de los babilonios, había edificado allí

Fue empujada violentamente hacia el interior de aquel siniestro recinto del que tantas historias había oído contar y el espanto más terrible la dominó, haciéndole olvidar todos los dolores causados por la paliza que poco antes recibiera.

Un moho viscoso la envolvió, haciéndola resbalar hacia delante y hacia abajo. Luego, la oscuridad y una lucha a la desesperada por hallar la puerta y escapar.

Comenzaron a aparecer irnos extraños ojos fosforescentes bajo la cúpula y oscilaron mirándola como si en realidad fueran bocas de seres malignos, dispuestas a engullirla.

Hizo esfuerzos por gritar, pero ningún sonido salía de su garganta.

La cúpula fue adquiriendo un tono rojizo y empezó a oír unas voces extrañas y lúgubres. Eran como rezos ininteligibles de oscuros monjes, que fueron apareciendo en la galería alta y circular, dominando a la mujer desde cierta altura.

Luego, vio acercarse a Kid, que portaba en su mano una especie de yelmo de acero.

El viejo le escrutaba con sus ojos amarillo verdosos, poniendo enhiestas sus orejas grandes y puntiagudas, carentes de lóbulos.

Cada paso que él avanzaba, Chi-chí lo retrocedía hasta que al fin Kid le dio alcance y le colocó el yelmo cerrándolo alrededor de su cuello con un candado,

A partir de aquel momento, todo el terror que habría de soportar lo vería a través de la rejilla de acero y cuanto hizo por desprenderse

del casco que la cubría, resultó inútil.

Fue entonces cuando aparecieron las extrañas bestias con la misma cara de Kid, mientras arriba proseguían lúgubres aquellas oraciones al mal.

Todos tenían idénticos rostro. Era como una imagen obsesivamente multiplicada que la rodeaba, la acosaba, que iba a sacrificarla.

CAPÍTULO VI

La llovizna seguía azotando el coche de Bert Hammon.

Circular por Londres en aquellas condiciones era francamente molesto. No obstante, no había caído sobre ellos aquel maldito “puré de guisantes” contra el que las autoridades luchaban denodadamente para hacerlo desaparecer.

Pisó el freno y detuvo el automóvil en una de las callejas del Soho.

Sue se mostró inquieta. Miró a través de los cristales, pero apenas se veía. La noche y aquellas gotas, que se pegaban al vidrio de la ventanilla, todo lo distorsionaban.

— ¿Qué hacemos aquí, Bert? Esto es el Soho.

Bert sacó un cigarrillo, le prendió fuego y se lo pasó a Sue. Esta dio una chupada y se lo devolvió al psiquiatra.

—Baja la ventanilla y dime si reconoces lo que ves.

Sue obedeció.

Al otro lado de la calzada se abrían portales oscuros que daban a casas sucias de aspecto inhóspito. Allí habían unas puertas pintadas en colores oscuros y un rótulo singular, no demasiado luminoso pero sí lo suficiente como para no pasar desapercibido.

— ¡Es el Red Moon Club! —exclamó.

—Exacto. Me he preocupado de buscarlo en la guía telefónica y he visto que es una realidad.

— ¿Te refieres a mi pesadilla?

—En la narración de tu pesadilla mencionaste este club. ¿Habías estado en él con anterioridad?

La joven se apresuró a denegar con la cabeza.

—Si hubiera estado, lo reconocería. Este lugar no es como para olvidarlo, es un club *cochon.*

—En efecto. Tiene licencia de club, pero es un antro de vicio.

—Basta ver las fotos colgadas en el tablón de anuncios para adivinar lo que es. Supongo que el *strip-tease* es lo menos pecaminoso que hacen dentro.

—Supones bien. Me gustaría saber si los hombres de Scotland Yard han dado batidas en este antro v qué es lo que han sacado en limpio.

— ¿Te has convertido en detective?

—No, sólo trato de descifrar la aparentemente ilógica pesadilla de una paciente. Hay muchas personas que sufren pesadillas y al despertar se dicen a sí mismas: "Qué absurdo ha sido esto". Muchas veces se horrorizarían si descubrieran que no eran tan disparatadas como suponen.

— ¿Crees en los sueños?

—Hay muchas teorías para los sueños: Deseos reprimidos, amalgama de frustraciones, vivencias anteriores, pero a veces, lo que creemos una pesadilla no es tal.

— ¿Qué es entonces? —preguntó vivamente interesada.

—Ya sé que hay muchos que menosprecian la parapsicología, esa nueva ciencia, que de momento no arregla ni cura nada, pero cuyos hechos comienzan a constatarse.

— ¿Telepatía?

—Algo así. Tu pesadilla podría tratarse de una telepatía *pre mortis.* El sujeto se percata de que va a morir y grita desesperadamente con su inconsciente, de una forma que todavía no se conoce, pero que puede llegar a ser captada por alguien en otra parte, no importa lo cerca o lejos que esté. El vínculo de unión sanguínea e incluso afectiva es un puente para que exista esa conexión desconocida.

— ¿Quieres decir que mi hermana pensó en mí en su desesperación?

—Posiblemente. Ella te llamó con el inconsciente, tú eres su única familia.

—Sin embargo, hacía tantos años que no nos veíamos.

—Los lazos afectivos infantiles jamás se olvidan, permanecen en estado latente dentro de nuestro cerebro y ello explica muchos de nuestros sueños.

— ¿De verdad crees que ella me llamó? Si lo hizo,

, es que debía de creer en esa telepatía.

—Estos fenómenos paranormales, hasta lo que se sabe, son totalmente incontrolables. Quienes aseguran poder dominarlos no son más que embaucadores. El fenómeno de la paranormalidad se produce espontáneo y, en ocasiones, sin desearlo ni siquiera saberlo la persona que lo sufre o recibe.

—Todo es tan confuso… Como enfermera de quirófano me cuesta comprender lo que me dices. Yo he visto cuerpos abiertos en canal como si fueran bestias en el matadero, la sangre brotando de los corazones. No sé qué decir, apenas si recuerdo que mencioné el Red Moon Club cuando te expliqué mi pesadilla. Estaba tan cansada y trastornada…

—Bien, es suficiente con que me digas que no recuerdas nada.

—De eso puedes estar seguro. Podría jurar ante un tribunal que

jamás he estado en esta calleja.

—Entonces, alejémonos de aquí.

Hammon puso el coche nuevamente en marcha y sobre el asfalto acharolado, condujo a Sue hasta su apartamento, ubicado en un moderno y funcional edificio próximo a la autopista de Southampton.

— ¿Estás segura de que te sientes bien?

—Después de lo que acabo de ver, creo que tomaré un sedante.

—Correcto, pero no te pases en la dosis.

—No temas, estoy consciente de lo que debo de hacer. No estoy loca como para tomarme un tubo de somnífero completo.

—Creo que tú tienes la pista respecto al desagradable suceso de tu hermana Loly.

—Si se trata de capturar a sus asesinos, puedes contar a Scotland Yard mi pesadilla.

—Eso está bien, pero sin más pruebas que una pesadilla, sólo conseguiría que se burlasen de mí.

—Entonces, de nada servirá lo que ya sabes.

—Debo de cerciorarme más. De momento, he logra do averiguar que el nombre de un club del Soho que soñaste y que no habías visto nunca, existe. No es ninguna fantasía.

A Bert le hubiera gustado acompañar a la joven a su apartamento. Quizá aquel deseo tuviera mucho que ver con su interés por la fantástica historia, propia de una demente incapaz de ser creída. Sin embargo, algo tendría de verdad. Las múltiples heridas del cuerpo de Loly, capaces de horripilar a un médico forense, así parecían indicarlo.

Vio desaparecer la figura de Sue bajo la lluvia. Sus cabellos rubios estaban cubiertos por una capucha plástica transparente.

Volvió a poner el coche en marcha sobre el mojado asfalto y regresó al Soho, pese a que ya era muy tarde. La noche avanzaba veloz hacia la madrugada.

Las calles se veían casi vacías de automóviles y transeúntes, lo que le permitió rodar a mayor velocidad. Al fin, llegó a las inmediaciones del Red Moon Club y aparcó.

Se preparó un pitillo, y salió del "Morris” y se subió el cuello de la gabardina.

Poco después, empujaba la puerta del local sin fijarse siquiera en los tablones de anuncio donde las fotografías de mujeres mostrando todas sus gracias, con la mejor de las sonrisas, se mojaban, enturbiándose y ajándose con notable rapidez.

CAPÍTULO VII

El espectáculo que se ofrecía en el Red Moon Club no iba a sorprender a Hammon. Aquello no era más que un mal disimulado lupanar con licencia de club y él había pagado entrada de socio transeúnte.

Se acercó al mostrador donde abundaban las chicas, pese a que había muchos hombres ansiosos de beber, tirar el dinero y hallar unos paraísos a los cuales jamás llegarían a través del Red Moon Club.

Locales como aquél proliferaban, no sólo en el Soho sino en el West End, Earls Court y otros distritos de la ciudad. Trataban de no hacerse daño mutuamente, quizá todos ellos pagaban su *racket* y así vivían en paz.

—Hola, encanto. ¿Me convidas a un trago?

Bert se quedó mirando a aquella agraciada mujer que no llegaría a la treintena. Su escote, en forma de cuña, le llegaba hasta la mismísima cintura.

—Bueno, pero no creas que voy a contarte una historia de hombre desgraciado.

—Es un alivio —suspiró— no sabes lo que una tiene que aguantar.

La fémina se sentó junto a él y llamó al camarero.

—Tómate un whisky, no vayas a pedir champaña. Mi padre no es ningún industrial.

—Pues tú eres un tipo fino y guapo, se te han de dar bien las chicas. ¿Qué has venido a hacer aquí?

— ¿Es que uno no puede venir a tomar un trago?

— ¿Y sólo a ver unos números de *strip-tease?*

Bert se encogió de hombros, puso gesto de aburrido y añadió:

—A veces, uno se siente deprimido y no sabe dónde aposentar sus huesos.

—Pues yo tengo un reservado que te levantaría el ánimo — musitó ladina.

— ¿Un reservado? Bah, el último donde estuve tenía una ventana que daba a la calle y me divertí más viendo a los transeúntes que...

— ¿A la chica?

—Eso es. Soy un tipo difícil de comprender.

—Nadie lo diría a simple vista. ¿Acaso eres un sibarita del amor?

—Quizá sólo sea un plomo.

—Mi reservado no tiene ventanas que den á la calle. No te quedaría otro remedio que mirarme a mí.

—Ah, ¿no da a la calle?

—No.

—Pues ya es extraño un reservado sin ventanas. ¿Y cómo renuevas el aire?

—No creo que eso deba de importarte demasiado. Anda, vamos.

Con su vaso en la mano, se dejó llevar. La chica hizo una seña al camarero, como dándole a entender que ella ya se ocuparía de cobrarle los whiskys.

Tras subir unas escaleras, aquella mujer le condujo por unos largos corredores, pasando junto a varias escaleras apenas sin luz y que olían a moho.

—Oye, preciosa, esto es muy largo, ¿no?

—Toda la cuadra pertenece a Fleshly.

— ¿Y quién es ese poderoso Fleshly, propietario de una manzana de casas en medio del Soho?

—Un tipo muy especial. Las tiendas que hay alrededor de la cuadra también son suyas. Ya sabes, un *sex-shop*, una casa de fotografía, un *snack* y otras tienduchas.

— ¿Y las escaleras? Me refiero a las que dan a la calle.

—Todas se comunican por este corredor que da la vuelta completa a la manzana. Además de poseer muchos reservados, sirve por si vienen los “polis" y nos tenemos que esfumar. Saliendo por escaleras diferentes no nos pescan. —De pronto, frunció el ceño y preguntó—: Oye, tú no serás de la “poli”, ¿verdad?

Hammon se echó a reír.

— ¿Me has visto bien?

—En este oficio nunca sabe una con quien se tropieza. Hasta hay vendedores de narcóticos.

—Y claro, cuando ellos aparecen, Fleshly se enfada.

— ¿Cómo lo sabes?

—Supongo que los narcóticos formarán parte también del negocio de Fleshly.

—Así es. Si quieres droga de la que más te guste, sólo tienes que pedirla y pagarla, claro.

Bert dio una palmada en las posaderas de aquella fémina.

Estaba de suerte, no sólo por la redondez de sus nalgas, sino porque era muy parlanchina y eso era lo que más le interesaba de ella.

Al fin, la joven se detuvo frente a una puerta.

Sacó un llavín sujeto al cinturón de su vestido y lo introdujo en la cerradura, franqueando la entrada.

Accionó un interruptor y una luz rojiza, con suavidad sensual, inundó la espaciosa estancia de aspecto confortable y con profusión de espejos y cortinajes.

Ella le sonrió con picardía.

—Anda, pasa.

Con cierto disimulo, Bert buscó una ventana que no vio. Había muchas cortinas que pendían de las paredes.

—Ponte cómodo —le sugirió ella, desapareciendo hacia el tocador.

Al verse solo, Bert se apresuró a apartar las cortinas, hasta dar con lo que buscaba: Una ventana bien cerrada, que posiblemente sólo se abriría para ventilar el cuarto por las mañanas.

Tratando de averiguar cuánto había de cierto en la pesadilla de Sue, abrió la ventana. De inmediato, hizo un gesto instintivo de retroceso. Allí olía mal, muy mal.

De súbito, reparó en una oscura edificación que se levantaba en mitad del solar que las casas encerraban, impidiendo que pudiera verse desde el exterior.

“La cripta de las ratas”, se dijo.

—Eh, ¿qué haces? —preguntó la chica al verle frente a la ventana.

Sin apartar sus pupilas de aquel extraño y siniestro lugar, Bert respondió:

—Tenía mucho calor y quería respirar aire puro de la noche, pero ahí afuera huele muy mal.

— ¡Cierra, cierra pronto! —pidió nerviosa.

— ¿Por qué tanta prisa?

—No sé, quizá es que me desagrada el hedor que sube de ese solar.

— ¿Tienes miedo de mirar ahí afuera?

— ¿Miedo, por qué?

—Por si aparece...

— ¿Aparecer quién? —preguntó ya cubierta por una “picardía” transparente y adornada con plumoncillo en todos sus bordes.

—Ya sabes a quién me refiero.

—Antes has dicho que no eras un “poli” —recriminó molesta.

— ¿A cuántas has visto entrar en ese lúgubre y oscuro templo?

— ¡Yo no sé nada, no he visto nada! ¡Siempre tengo la ventana cerrada!

—Porque te da miedo, ¿verdad?

—Será mejor que te marches.

—Despacio, despacio. Desde aquí veo algunas ventanas con luz.

— ¡Lo que hagan otras no me importa!

— ¿Quieres que le diga a Fleshly que tú me lo has contado todo sobre ese extraño ser, que cuida de la cripta de las ratas y luego martiriza a las chicas que le son entregadas?

— ¡No puedes decírselo porque yo no te he contado nada!

— ¿Y crees que un tipo como Fleshly te iba a creer? ¿Cómo iba a saberlo yo?

—No lo sé, alguien te ha dado el chivatazo, pero juraré que yo no he sido.

—Y Fleshly se reirá de ti.

— Tratando de serenarse, pero evidentemente nerviosa, se cogió del brazo del hombre para decirle:

—Mira, lo vamos a olvidar todo y nos quedamos contentos. Tú no le cuentas ningún "rollo" a Fleshly y yo olvido que sabes demasiado.

—Quiero saber más.

— ¿Más? —Yo también sé muy poco, nadie sabe a ciencia cierta nada sobre esa antiquísima cripta.

La chica se dispuso a cerrar la ventana y, entonces, Bert descubrió a lo lejos, cerca del muro del extraño templo, dos ojos grandes y amarillo verdosos, dos ojos penetrantes que desasosegaban. Unos ojos preñados de malignidad.

— ¡Cierra, cierra, que nos está mirando y no quiero que se fije en mí, eso trae mala suerte!

— ¿Todas le teméis?

—Sí, todas.

— ¿Cómo le llamáis?

—Kid, por la barba de chivo que lleva.

— ¿Quién es en realidad?

— ¡No lo sé, no lo sé! ¡Vamos, márchate o gritaré y vendrán los matones de Fleshly y entonces te arrepentirás de haber sido entrometido! Despertarás en cualquier callejón del Soho con varios huesos rotos.

—Quiero saber a qué chicas hacen entrar en esa edificación, que llamáis la cripta de las ratas y en la que no se profesa ningún culto conocido.

La chica, cuyo nombre aún desconocía Bert, fue acercándose a la cama. Consiguió pulsar un timbre oculto tras el dosel, que el hombre no descubrió.

—Que yo sepa, no se llevan a ninguna chica ahí abajo. Ese es sólo un lugar donde se tiran desperdicios y hay un viejo que los recoge, nada más.

—Mientes. Una chica llamada Loly fue introducida en ese extraño templo y ha aparecido muerta.

—Yo no sé nada y si también era una de la profesión, no es extraño. Siempre hay sádicos que la emprenden con nosotras. No serás tú uno de ellos, ¿verdad?

—Sigues queriéndote hacer la tonta. Deberías de ir a la Morgue y pedir que te mostraran el cadáver de esa Loly. Te darías cuenta de que es una monstruosidad lo que han hecho con ella. Su cuerpo tiene tantas heridas que se halla completamente desfigurado. En cambio, su rostro permanece intacto. Algún día puedes ser tú la desgraciada que sea llevada con la túnica blanca a ese templo maldito.

— ¡A mí no, yo soy fiel a Fleshly, no he tratado de escapar! Esa Loly se puso a trabajar en el coto propiedad de Fleshly, se le advirtió, pero no hizo caso.

—Y luego, como lección para otras, la asesinaron de la forma más brutal y desagradable que supieron. ¿No es cierto? ¿Acaso ese Fleshly os obliga a practicar cultos aberrantes?

— ¡Fleshly no nos obliga a nada! —gritó en el instante en que vio que la puerta se abría.

A la llamada de auxilio, que había efectuado a través del pulsador, acudieron los dos matones de más de dos metros de estatura y constitución súper atlética.

— ¿Qué ocurre, Brenda? —preguntó uno de ellos.

—Este tipo no ha venido a lo que todos. Ha comenzado a hacer preguntas sobre una tal Loly.

Bert se percató de que aquellos sujetos le taponaban la salida; no sería fácil escapar de allí con semejantes gorilas cerrándole el paso.

—Conque haciendo preguntas, ¿eh?

—Es que Brenda ha hablado de Kid y me ha interesado el tema.

— ¡No le creáis, no le creáis, yo no he dicho nada! ¡Miente, miente! —chilló.

Recibió tal bofetada de uno de los matones, que fue lanzada de espaldas sobre la cama.

Hammon retrocedió.

De pronto, su mano tocó la mesita de noche. Sobre ella había algo, era un pesado cenicero de cristal.

Lo tomó con cuidado y, súbitamente, lo lanzó contra la lámpara, esperando que su puntería resultara afinada.

Así fue, porque antes de que nadie pudiera evitarlo, la lámpara estalló hecha añicos, sumiendo la alcoba en la oscuridad.

Brenda lanzó un grito, quizá le saltó algún pedazo de cristal a la cara.

Los dos sicarios se abalanzaron contra Hammon, tratando de atraparle y reducirle, pero Bert les demostró que poseía la agilidad suficiente como para escapar a sus puñetazos.

Se produjo una rápida y sorda pelea. Bert trató de alcanzar la

puerta, tras propinar una fortísima patada a uno de los sicarios, arrancándole un gruñido de dolor.

Al quedar la estancia a oscuras, gracias a la luz lunar, la ventana se perfilaba claramente. Por el corredor también llegaba una luz tenue, casi imperceptible, pero suficiente como para delimitar el hueco de la puerta sobre la cual Bert saltó como un felino tratando de escapar a lo que podía constituir una trampa mortal para, él.

— ¡Dale duro! —gritó Brenda sobre la cama, olvidando la bofetada recibida y que no era la primera que encajaba por parte de aquellos dos sicarios.

Hammon logró llegar a la puerta.

Había escuchado unos chasquidos muy significativos: aquellos dos matones del Soho londinense habían sacado sus navajas automáticas, desnudando sus puntiagudos y afilados aceros.

Una zancada más y se hallaría en el corredor…

Luego, sólo tendría que correr hasta encontrar una de las escaleras que darían a cualquiera de las mojadas calles del Soho, donde algún turista continental con aire despistado iría buscando algún lugar de exhibición *sex* para luego poder contarlo a su regreso, cuando estuviera inmerso en su oficina.

De pronto, el fogonazo.

Un rayo de luz le dio en mitad de la cara, cegándole, y una voz profunda que salía de una garganta que estaba muy cerca, pero que la claridad de la potente linterna le impedía ver, advirtió:

—Un solo movimiento y eres hombres muerto. Te estoy encañonando con una pistola,

Bert Hammon no veía el arma con la que aseguraban amenazarle, mas en aquel ambiente no era nada insólito.

Sin embargo, no tuvo mucho tiempo para pensar. Algo cayó sobre su nuca con la fuerza de un mazazo de matadero y la insolente luz que cegaba sus pupilas semejó explotar.

Era como la colisión de dos soles, disgregándose su violenta luz en millares de estrellitas que fueron desapareciendo en la negrura de un firmamento infinito.

CAPÍTULO VIII

Un ambiente fétido le rodeaba. Era un hedor desagradable, mezclado con una sensación helada, que le hizo pensar en el panteón de un cementerio olvidado en tiempo otoñal, cuando las nieblas lo envuelven y las noches son más agobiantes, produciendo un hondo desamparo frente a la misteriosa dama de la Muerte.

Estaba tendido en el suelo.

Allí todo era viscoso y algo se movía cerca de él. Oyó unos pequeños chillidos... Sí, eran ratas, estaba rodeado de ratas y oscuridad.

—Dios mío, qué dolor de cabeza.

Se llevó las manos al cráneo y no pudo saber si tenía sangre o no; todo estaba mojado.

De pronto, comenzó a ver ojillos. Eran ojillos de ratas, que se deslizaban cerca de él, de un lado a otro.

Las notó saltándole por entre las piernas y una de ellas se aproximó a su cabeza.

Dio un manotazo y el bicho fue lanzado lejos, emitiendo agudos chillidos de protesta.

Súbitamente, descubrió aquellos malignos y refulgentes ojos de color amarillo verdoso, unos ojos que podían ser orientales, pero que tenían algo de animal extraño y aberrante.

Le escrutaban con fijeza, no se oscurecían por parpadeo alguno. Parecían suspendidos en el aire, puesto que no veía al resto del ser que estaba allí frente a él, inmerso en el mundo de las ratas, como si fuese su rey.

—Eh, tú, ¿quién eres?

La respuesta fue como un extraño rezo, un lúgubre gorgoteo indescifrable para un occidental como Bert H. Hammon.

Hizo un esfuerzo sobrehumano y se puso en cuclillas para saltar sobre aquel individuo y atraparlo entre sus manos.

Bruscamente, como si le hubieran adivinado el pensamiento, desapareció. Era como si aquel ser le hubiera bastado cerrar los ojos para escapar a su alcance.

Hasta las ratas semejaban haberse volatizado. No las veía, aunque intuía que estaban allí, a su alrededor.

Consiguió ponerse en pie sobre aquel suelo resbaladizo y viscoso. De pronto, tuvo la intuición de que algo le estaba observando, clavando su mirada en él con insistencia.

Alzó la cabeza y descubrió un gran ojo fosforescente, también amarillo verdoso, que se movía lentamente sobre él, en círculo, como si flotara en el aire, primero despacio y luego más aprisa.

Su cráneo parecía ir a estallar, sacudió la cabeza.

Resbaló y cayó. Notó algo frío y candente a la vez en el

antebrazo. El lodo sucio se pegó a él y no tardó en comprender que su brazo estaba herido y que la herida abierta se había cubierto con aquel lodo tan pútrido a juzgar por su hedor.

El ojo grande, monstruoso y fosforescente, seguía girando.

Bert no quiso mirarlo y dando unos traspiés, llegó hasta algo frío pero sólido.

Era una pared, sí, la pared de algún sitio. Ignoraba dónde estaba y por unos momentos, inmerso en aquellos zumbidos que horadaban su mente, confundiéndola, recordó la pesadilla de Sue.

¿Sería otra pesadilla lo que estaba viviendo, a consecuencia del relato de la joven, que tanto le había impresionado?

— ¡No, no puede ser! Soy un hombre lógico —se repitió mientras escuchaba como aquellos rezos lúgubres aumentaban de tono en algunos momentos y descendían o parecían alejarse en otros.

Era como si las malignas oraciones se apartaran de él más y más.

Caminó con las palmas pegadas a la pared, tactilizando en medio de la oscuridad donde sólo era visible aquel enorme ojo fosforescente que Bert Hammon rehuía mirar.

De pronto, al empujar una de aquellas piedras, ésta cedió y casi se dio de bruces al otro lado de la misma. Se golpeó la frente, excoriándosela y permaneció aturdido durante algunos minutos.

Luego, se incorporó y un nuevo golpe afectó a su cráneo.

El techo debía de ser allí muy bajo o él era demasiado alto para el angosto túnel.

Avanzó por unos pasadizos, no supo durante cuánto tiempo.

Encontró bifurcación de galerías y escogió una al azar. Descendió por unas escaleras y luego, en medio de la oscuridad, cayó al vacío.

Temió que aquella fuera su última aventura, pero afortunadamente, la altura no era superior a diez pies.

Chapoteó en aguas viscosas y nadó a favor de la corriente.

—No es una pesadilla, no es una pesadilla —se repitió—. Esto son los colectores de la ciudad.

Quiso salir de las aguas, pero estaba exhausto. Todo le dolía y su cabeza era una auténtica tortura.

Se dejó llevar por la corriente, teniendo cuidado de que ningún sorbo de agua penetrara en su cuerpo; sin embargo, estaban sus heridas.

Al fin, sintió el agradable aire de la noche y se vio nadando en el Támesis, tranquilizado por no haber ido a parar a una depuradora de detritos, en la cual habría quedado mezclado con ellos.

Bajo un cielo estrellado, se dejó llevar por la corriente durante un trecho. Como se percataba de que sus fuerzas le abandonaban más y más, se decidió a bracear hacia la orilla, a la que finalmente

consiguió llegar.

Estaba sucia, fangosa, pero se tendió en ella y su cuerpo se rindió al sueño.

* * *

— ¿Cómo está ahora, señorita? —preguntó el médico de guardia al entrar en la habitación del enfermo.

—Pulsación, noventa. Temperatura, treinta y ocho dos.

—Hay que seguir vigilando la infección. En cuanto sea posible, abriremos la herida del brazo por si es preciso un drenaje.

—Es un hombre fuerte, lo resistirá bien. Además, la terapia intensiva y masiva de antibióticos le ayudarán a superar la crisis.

—La infección, creo que sí, pero los golpes recibidos en la cabeza... En fin, esté atenta cuando despierte, puede desvariar. No sabemos cómo reaccionará y si le habrán afectado las conmociones cerebrales. De momento, no hay fractura craneana, lo que ya es un buen síntoma, pero puede que sufra delirios y fuertes cefaleas.

—Si llega ese caso, le inyectaré la dosis de calmante que usted ha ordenado.

—Perfecto, señorita Sue. En sus manos, el doctor Hammon estará bien atendido. Además, sé que éste no es su turno, que está trabajando de más y va a caer agotada.

—Soy fuerte. —Sonrió—. No me pasará nada, con tomar unos cafés todo listo.

—Café, bueno. La creo lo suficientemente inteligente como para no recurrir a ningún euforizante para combatir el insomnio.

—No tema, jamás haría tal cosa.

Las voces llegaban a Bert Hammon lejanas y no lograba comprender las palabras. Sentía frío y, sin embargo, sudaba.

De pronto, tuvo la sensación de estar rodeado de ratas, ratas, enormes, como perros doberman, ratas con la cabeza del extraño ser, que lo mismo parecía asiático, que de otro planeta.

Sus ojos amarillo verdosos brillaban y brillaban... Aquellas bestias repugnantes, sucias y hediondas, saltaban sobre él y quiso luchar contra ellas.

— ¡No, no, no!

—Calma, Bert, calma, es una pesadilla.

Jadeante, cegándole incluso una tenue luz indirecta que había sobre la cama, Bert despertó, dándose cuenta que estaba apresado entre los brazos y el cuerpo de Sue, la bella rubia que le arrancaba de aquel repugnante acoso.

— ¡Sue!

—Bert, no pasa nada. Estás en el Blood Hospital, tranquilízate.

Con una toalla, Sue le secó la frente con cuidado y mimo.

Bert acompasó su respiración. Los latidos de su corazón se

normalizaron un tanto, pero sus ojos ardían por la fiebre. Se percató entonces de que tenía el brazo vendado.

— ¿Qué me ha ocurrido? —preguntó.

—Tienes un corte muy feo. Por suerte, no ha interesado nada vital, pero estamos combatiendo la infección.

— ¿Un corte? No recuerdo… Ah, sí, el ojo, aquel maldito ojo fosforescente que se movía sin cesar.

— ¿Qué ojo?

—El que quería engullirme.

Sue miró la jeringuilla y la ampolleta de sedante. Observó luego a Bert y dijo:

—Te administraré un calmante y dormirás tranquilo, sin pesadillas.

— ¡No, no quiero dormir ahora, quiero recordar!

—Sé bueno, no debes de recordar ahora de inmediato. Has sufrido una fuerte conmoción cerebral. Tienes excoriaciones en la frente y en la nuca y también un corte en la parte superior de la cabeza. Puede que todo eso no sea nada, pero es preferible que dejes descansar tu cerebro.

— ¡No, no puede ser! Has de avisar al teniente O’Connor. ¿Cuánto rato hace que estoy aquí?

— ¿Rato? Dos días. Te encontraron unos niños en la orilla del Támesis, al sur de la ciudad. Como llevas la documentación encima, te trajeron aquí. Has recibido algunos golpes en la cabeza, que en el matadero habrían derribado a una res.

—Sue, lo tuyo no fue pesadilla. La cripta de las ratas existe, yo he dado con ella.

—Bert, estás con fiebre, tranquilízate.

— ¡No puedo! —brincó—. Allí está toda la basura, las ratas y ese ser maligno de los ojos amarillo verdosos.

Pensando, que cuanto hablaba Bert se debía a la fiebre que le atenazaba, a causa de la infección que sufría tras haber pasado sus heridas abiertas por las aguas residuales de uno de los colectores de Londres, Sue no lo pensó dos veces; rompió la ampolleta y tirando del émbolo de la jeringuilla, absorbió el líquido transparente.

Bert quiso rebelarse, mas se sentía muy fatigado. La infección minaba sus fuerzas y no pudo evitar que la joven le pinchara en el brazo.

Sue era una experta enfermera y hundió la aguja sin titubear en el interior de la vena. Dejó el émbolo suelto y el líquido incoloro de la jeringuilla se fue tornando rojo, teñido por la sangre del hombre.

Apoyó luego su pulgar sobre el émbolo y venciendo la presión sanguínea, introdujo el contenido de la jeringuilla en la vena.

— ¡Sue, Sue, llama al teniente O’Connor, llámalo, por favor!

—Sí, Bert, sí —escuchó la voz femenina, cada vez más lejana.

CAPÍTULO IX

— ¿De veras se encuentra bien, doctor Hammon?

Bert enfrentó su mirada con la del teniente O'Connor.

—Usted no cree mi historia, ¿verdad, teniente?

—Yo creo y no creo, mas eso nada importa mientras no tengas pruebas.

Hizo una señal y el empleado de la Morgue estiró de uno de los cajones del frigorífico.

Bert ya conocía aquel tipo de cajones guarda cadáveres. Allí estaba la sábana fría, algo acartonada, cubriendo un cuerpo humano desnudo, al que ya se le había practicado la autopsia por parte del forense correspondiente, para averiguar la causa del fallecimiento.

Sue, que estaba junto á Bert, le observó.

En su cráneo ya no se notaban las heridas, el pelo cubría el pequeño corte que había comenzado a cicatrizar, pero en la frente sí se advertía la excoriación en curso de curación.

Llevaba el brazo algo vendado, la herida había sido bastante profunda, aunque no se veía por hallarse bajo la chaqueta primero y la gabardina blanca después.

El propio Bert alzó la punta de la sábana con su diestra para descubrir el rostro de Chi-chí Raquel, que yacía bajo ella.

Miró fijamente la faz exigua de aquella mujer.

La desnudez implacable de la muerte dejaba al descubierto los surcos de los años, las bolsas por las lágrimas derramadas, el rictus de su boca contraída.

Moviendo la cabeza en forma negativa, dijo:

—No la he visto nunca.

— ¿Está seguro, doctor Hammon? —insistió el teniente.

—Desde luego. ¿Ha muerto de la misma forma que Loly?

—Sí. No es preciso que levante más la sábana, sólo descubriría un cuerpo horriblemente torturado con heridas muy feas.

—De modo que se ha cometido otro asesinato ritual.

Sue no quiso mirar. Aún recordaba vivamente el cadáver de su hermana,

—Sí, doctor Hammon. Ha sido encontrada como las otras, dentro de un ataúd lujoso y sin cruz, cerrado herméticamente y

flotando en el Támesis camino del mar.

—Es algo infernal, puedo asegurarlo.

—El qué puede asegurar, doctor Hammon, ¿que una pesadilla es muy desagradable?

Bert miró al policía, que le observaba a su vez con escepticismo.

—Teniente, lo que le he contado es cierto.

—Hammon, usted ha pasado horas delirando por la fiebre. La infección del brazo fue muy fuerte aunque, afortunadamente, ya esté vencida,

— ¿Cómo creen que me hice estas heridas?

—En muchas ocasiones, personas que paseaban junto al Támesis han sido atacadas por la espalda por maleantes o simples vagabundos y luego han caído al agua. Algunas se ahogan y otras se salvan, como usted. Hay que reconocer que tiene dos cosas a su favor: Una constitución atlética y un cráneo muy duro.

—No me golpeó ningún vagabundo. Recuerdo muy bien a aquella chica, se llama Brenda y también vi a ese sujeto extraño de los ojos amarillo verdosos.

—Conozco toda la historia, doctor Hammon. La propia señorita Sue me la ha explicado y parece ser que le impresionó a usted muy profundamente. Luego, en su delirio, ha creído vivir todo lo que me ha contado.

—Sé que parece una historia fantástica, pero esa cripta de las ratas o como se llame, existe, y dentro podrá descubrir restos de lo sucedido.

— ¿Sabe lo que me está pidiendo, doctor Hammon?

—Sí, una inspección a fondo de toda aquella manzana de casas, del Red Moon Club y de ese extraño templo camuflado en el interior de los edificios antiguos.

—Para llevar a cabo esa inspección necesito pedir una orden de registro al juez y medio centenar de hombres para rodear la manzana de casas, taponando toda posible salida. Después, debería de realizarse un registro minucioso y profundo, porque si en algo tiene razón, es en que aquello sí es un nidal de ratas. Está lleno de corredores, de habitaciones, de escaleras. Aquellas casas, para conveniencia de los hampones y no de los actuales, sino de los de hace ya muchos años, están unidas entre sí y tienen mil recovecos para esconderse. La única forma de limpiar aquello es barrenándolo con dinamita y dejándolo luego raso con *bulldozers* y aun así, no estaríamos seguros de que no salieran furcias de debajo de la tierra, porque también hay sótanos y hasta es posible que ruinas de casas milenarias sobre las que se han construido las actuales.

—Pues solicite la orden al juez. No le pido que arrase el Soho, aunque la humanidad nada perdería, claro que para muchos sí se

perdería un tanto del tipismo londinense. Yo puedo identificar a la chica que me contó cosas de ese Kid y usted hace una inspección profunda.

— ¿Ah, sí, y qué le cuento al juez?

—Pues, que he sido atacado dentro de ese extraño templo.

—Y el juez me preguntará qué hacía usted en él, porque debe de ser propiedad privada. En consecuencia, hasta se le puede acusar de allanamiento de morada.

— ¿Propiedad privada? Entonces, averigüen quién es el propietario de esa siniestra cripta.

—Pues, será el dueño del solar.

—Esa averiguación no resultará difícil.

—Sí, pero en lo que a usted respecta, doctor Hammon, no puede aportar pruebas palpables. Esta chica que hemos encontrado, según usted, no es la que le contó lo que sabe. Tampoco puede reconocer a los dos supuestos matones que le atacaron y mucho menos a quien le enfocó con la linterna, cegándolo.

—Pero está Kid.

— ¿Está seguro de que ese Kid existe, que no es una fantasía suya, producto del relato de la señorita Sue?

— ¿Trata de confundirme, teniente O'Connor? —preguntó molesto.

—No, doctor, no. Se supone que un psiquiatra debe de estar apto para dominar mentalmente a los demás y usted debería de haber pensado un poco en su sensibilidad al elegir la psiquiatría como especialización.

— ¿Qué pretende, teniente, que aparezca otra mujer bárbaramente asesinada en ese ritual por el extraño Kid, en su hediondo templo del Soho?

—Está bien, está bien, iré al juez con la historia. Es posible que me mande a un psiquiatra y, créalo, si me recomienda eso, no iré a visitarle a usted precisamente.

—No se arrepentirá, teniente O'Connor. Si descubre el misterio de los asesinatos rituales de las mujeres, que aparecen flotando en el Támesis dentro de uno de esos ataúdes robados, se hará famoso. Tenga en cuenta que si robaron diez y han aparecido ocho, todavía quedan dos.

—Le explicaré al juez que usted fue atraído con engaños por una furcia a ese supuesto templo. Que allí fue atacado por desconocidos y que sería conveniente hacer una redada e inspección a fondo.

—Me parece perfecto, teniente. Si arresta a esa chica, Brenda, puede que hable y mucho.

—Ojalá sea cierto, doctor Hammon, y todo no sean fantasías suyas, delirios debidos a la fiebre. Usted vendrá con nosotros para

visitar ese templo del que tanto se empeña en hablar.

—Estoy seguro de que es el lugar donde se realizan esos llamémosle sacrificios rituales por parte de un ser enigmático al que las mujeres del Red Moon Club llaman Kid.

El empleado de la Morgue empujó el cajón con el cadáver, ocultándolo en el interior del frigorífico.

La joven, preocupada, le preguntó:

— ¿Te encuentras bien, Bert?

—Sí, Sue, no temas. Sólo fue una conmoción cerebral. La infección por tanta basura como tocó mi herida ya ha pasado.

—Gracias a la medicina moderna. Años atrás nadie te hubiera salvado.

—Esté atento a mi llamada, doctor Hammon —indicó el teniente —. Prepararemos el cerco a esa manzana de casas.

—Cuando lo busque, llame al teléfono de mi apartamento, teniente —le dijo Sue—. Hammon estará conmigo.

Bert se la quedó mirando y sonrió ampliamente.

—No me vendrá mal un poco de descanso, mientras las fuerzas de la ley se preparan para desentrañar el misterio de la cripta de las ratas y su sumo sacerdote Kid.

CAPÍTULO X

El timbre sonó estridente, casi demoledor.

Bert Hammon, con gesto instintivo, tanteó el dosel de la cama. Cuando el teléfono sonaba por tercera vez, consiguió hacerse con el auricular, desahorquillándolo.

— ¿Diga? —preguntó con tono somnoliento.

— ¿Es usted, doctor Hammon? —preguntó la voz un tanto huraña del teniente.

—Sí, sí, creo que soy yo, aunque tengo un nido de avispas en la cabeza.

—Pase por mi oficina, he de hacer un reconocimiento.

— ¿Qué reconocimiento?

—Diablos, doctor —estalló malhumorado—. Si no está apto para hacer una identificación, dígalo de una condenada vez. Llevamos toda la noche de trabajo. Rodeamos la manzana donde se ubica el Red Moon Club y hemos detenido a un montón de sospechosos a los que tendremos que soltar en pocas horas.

—Ah, sí, sí —respondió comprendiendo mientras olfateaba un agradable olorcillo a bacón frito.

—Entonces, le espero.

El teniente O'Connor que debía de estar sin pegar mi ojo todavía, colgó el teléfono.

Bert miró a su alrededor. La cama no era la suya, por supuesto. Junto a él, la sábana estaba tibia pero vacía.

Se puso los pantalones y salió de la alcoba, pasando a la pequeña cocina. Allí encontró a Sue en camisón, con un delantal, el cabello suelto y un tono rosado en sus mejillas.

— ¿Cómo va esa cabeza? —le preguntó ella alegre.

—Uf, con un poco de jaqueca.

—Puedes tomarte unos analgésicos.

—Eso haré. Acaba de llamar el teniente.

—Sí, ya lo he oído. Quiere que vayas, ¿no?

—Sí, he de comprobar si esa chica, Brenda, está entre los detenidos para identificarla.

—Cuando regreses, te esperaré aquí.

— ¿No vas hoy al hospital?

—No, tengo servicio libre. Cuando vuelvas de la comisaría podemos ir a dar un paseo por Hyde Park o por donde te parezca mejor.

—De acuerdo. Por cierto, ese bacón con huevos fritos huele de maravilla.

—Es fácil complacer a un hombre.

El se le acercó y la besó suavemente en los labios.

—Tú puedes ser una maestra que jamás cansaría al alumno, en este caso yo.

—Quieto, Bert, quieto. Puedo quemarte con el aceite hirviendo.

—Si estuviera besándote, no lo notaría.

—Vaya con el psiquiatra, estás perdiendo todas las inhibiciones.

—Tener inhibiciones es consecuencia de frustraciones que pueden convertirse en psicopatías latentes y graves —soltó de carretilla, con fingida gravedad.

—Toda una lección. Nadie duda de que cuando el doctor Brundacke se jubile, te darán a ti el puesto de psiquiatra titular del Blood Hospital.

Media hora más tarde, Bert H. Hammon se alejaba del apartamento de Sue a bordo de su “Morris”.

Llegó a la comisaría donde le aguardaba el teniente O’Connor ante una taza de café y un cenicero repleto de colillas.

—Hombre, ya era hora de que llegara.

—Ya sabe, el tráfico…

—Sí, un tráfico llamado enfermera que, por cierto, no está nada mal. Ustedes, los médicos jóvenes y con personalidad, son unos tipos de suerte, todo se les da bien. En cambio, a los policías siempre nos reciben con suspicacia. Teme uno casarse con una mujer que no tiene vocación de esposa sino de viuda.

—Eso lo dice porque está irritado por toda *una* noche de trabajo y sin dormir.

— ¿Ese diagnóstico me lo va a cobrar? —preguntó sarcástico.

Pasaron a la sala de identificación donde menudearon los incidentes entre las chicas del Red Moon Club que protestaban o soltaban chistes procaces.

Una a una desfilaron por la sala bajo la luz y sin poder ver a quien las estaba observando.

— ¿Es alguna de ellas? —preguntó O’Connor.

—No, ninguna es Brenda, la chica que me contó lo de Kid.

—Pues sí que estamos de suerte —rezongó el policía.

—Habrá escapado o la habrán escondido.

—Eso me suena a chiste y, la verdad, opino que tiene razón.

— ¿Y cuál es el motivo por el que se ha vuelto tan crédulo, teniente?

—Hemos mostrado a esas chicas unas fotografías, entre ellas las de Loly y Chi-chí Raquel. Todas han asegurado que no las conocían, pero bastaba ver las caras de susto que ponían y como tartamudeaban para darse cuenta de que son unas mentirosas. Chi-chí Raquel era una de las chicas del Red Moon Club.

—Pues, ése es un motivo suficiente para levantar hasta los cimientos.

—Ni lo piense, doctor. Oficialmente, ninguna de esas mujeres pertenecen al Red Moon Club, no están en ninguna nómina. Simplemente acuden allí a tomar una copa y alternar con otros socios del club.

— ¿Esa es la versión oficial de su profesión?

—Exactamente. Ya ve que se puede legalizar lo ilegalizable y hacer ver lo blanco, negro. Nadie responde por esas mujeres y si tuviéramos que encerrar a todas las rameruelas que existen en Inglaterra no tendríamos cárceles suficientes, ni multiplicando por diez las que ya poseemos. No, no podemos encerrarlas a menos que se pongan en mucha evidencia. Se multará a las que corresponda, nada más. A nosotros, lo que más nos interesa es encerrar a rufianes y proxenetas, pero esos saben cubrirse bien.

— ¿Y Fleshly?

—Ese está en su club que, por cierto, ahora se halla en período de inspección. ¿Qué le parece si vamos allá y damos un vistazo?

—Magnífico, teniente. Los próximos cafés que se tome corren de mi cuenta.

T—Si me quedo dormido en alguna parte, por favor, no me eche agua a la cara; soy hipersensible a los resfriados.

Dentro de un coche policial, Bert Hammon acompañó al teniente O'Connor hasta el Soho.

La manzana del Red Moon Club estaba discretamente controlada. La gente podía pasar por las aceras, pero cada portal se hallaba vigilado interiormente por agentes de paisano y de uniforme.

Nadie podía entrar en el grupo de casas que conformaban la cuadra ni salir de ellas sin ser visto.

Entraron directamente en el Red Moon Club donde parecían haberse tomado la redada de Scotland Yard con mucha filosofía, ya que se les había notificado que era en contra da la prostitución organizada.

El local había sido ventilado. Las sillas estaban colocadas patas arriba sobre las mesas y una mujer fregaba el suelo mientras unos hombreˆ, al parecer de mantenimiento, reparaban a martillazos la decoración del pequeño escenario transformable donde solían colocarse los músicos.

Un jamaicano negro tocaba el piano y, sentado en una butaca,

fumando un grueso cigarro, había un hombre obeso, de rostro cínico. No se molestó en levantarse al verles entrar.

—Hola, teniente. ¿Ya ha soltado a todo el mundo? Se habrá dado cuenta de que este club es tan honorable como el que más y pagamos como el mejor de los contribuyentes.

—Y cooperan a convertir el Soho en un basurero humano.

—Todo es cuestión de opiniones, teniente. Los recoge basuras también pasan por los barrios más distinguidos.

—Creo que va a tener el local irnos días de vacaciones.

— ¿Me lo va a clausurar?

—Quizá.

— ¿Bajo qué acusación? Se lo pregunto para comunicárselo a mi abogado. Recuerde que presentar *strip-tease* en un club privado es perfectamente legal.

—Ya sé que se conoce todas las artimañas legales, Fleshly, pero si alguna de las chicas habla...

—Sus amenazas siguen careciendo de fundamento. Aquí acuden mujeres que desean divertirse. Si luego ellas se entienden o no con otro socio transeúnte del club y se van a su apartamento, no es asunto mío. Creo que a eso la juventud de ahora lo llama *free-love.*

—Es usted un solemne cínico, Fleshly —silabeó Bert Hammon.

—Oiga, teniente, ¿este joven es nuevo en Scotland Yard?

—No. Es el doctor Hammon, psiquiatra del Blood Hospital.

— ¿Un psiquiatra, acaso está buscando a una loca? —preguntó burlón—. No me diga que ha preparado toda esta redada policial para localizar a un cliente del joven psiquiatra.

—Fleshly, yo me comuniqué con una de sus chicas y luego fui atacado y herido. Creo que salvé mi vida de milagro.

—Vaya, ¿es usted tan profundamente religioso que cree en los milagros?

— ¿Recuerda al doctor Hammon. Fleshly? —inquirió el teniente.

—Yo, no, ¿por qué iba a recordarle?

—Porque fue atacado aquí por sus hombres, incluso pudo hacerlo usted mismo.

— ¿Me acusa de ello, doctor?

—No puedo acusarle. Tenía una linterna cegándome.

— ¿Qué historia le ha explicado el joven doctor, teniente O'Connor? —inquirió Fleshly socarrón.

—Una algo extraña.

—No es raro. Siempre se ha dicho que los psiquiatras terminan más locos que sus propios pacientes.

—Recibí un fuerte golpe en la cabeza —puntualizó Bert.

—Los golpes en la cabeza trastornan las ideas. Usted lo sabrá mucho mejor que yo, doctor Hammon.

Tras el teniente y el doctor Hammon aguardaban varios agentes que asistían en silencio a la conversación.

—Fleshly, sería conveniente que nos acompañara a concluir la inspección y de este modo lo dejaremos en paz cuanto antes.

—Qué extraño, teniente. Creí que sus hombres ya lo habían revuelto todo.

—Es usted muy sagaz, Fleshly. He podido inspeccionar el club, pero no los apartamentos y tiendas que le pertenecen.

—Oh, no, teniente, no me pertenecen, sólo las tengo subarrendadas.

—Ya, y para cada una de las tiendas precisaría una orden del juzgado especial, lo que me induce a pensar que en esos supuestos apartamentos, que no son más que reservados, tienen a más chicas que podrían ser culpadas o juzgadas por faltar a la moral pública.

—Eso es cuenta suya y no mía, teniente O'Connor. Vaya al juez y pídale cincuenta o cien órdenes de registro, son aproximadamente las que pueden hacerle falta para inspeccionar a fondo todos los apartamentos que hay en esta manzana.

—Que le pertenece por completo. Es como un castillo podrido del que es usted el rey, Fleshly.

—Cuidado, teniente. Podría pedirle a mi abogado que le buscara pleito por calumnia.

En aquel agrio diálogo en el que Fleshly parecía muy seguro de sí mismo, intervino Bert para exigir: —Vayamos al templo.

CAPÍTULO XI

— ¿Qué templo? —preguntó Fleshly con la extrañeza más espectacular que Bert había visto jamás en el rostro de un hombre.

—No me diga que no sabe que dentro de ese espacio que queda libre por las casas que le rodean hay un templo.

— ¿Un templo? Creo, doctor Hammon, que es usted verdaderamente interesante. Hace muchos años que estoy aquí e ignoraba que existiera un templo.

—Sí, eso que las chicas llaman la cripta o templo de las ratas.

— ¿La cripta o templo de las ratas? —Parpadeó de forma insultante. Bert le hubiera dado un puñetazo en el rostro, para borrar tanta desfachatez—. Bueno, en Londres hay multitud de creencias religiosas, pero ignoraba que aquí hubiera un templo. Yo no soy experto en templos, religiones ni nada que se le parezca.

—Ya lo sabemos, Fleshly. Lo suyo es el club, el *strip-tease* y esas desgraciadas a las que controla y que le tienen auténtico miedo.

—Aquí hay una puerta que conduce a un corredor y luego al patio donde tiran mucha basura. Allí está el templo.

—Ah, ya sé, usted se refiere a la ruina —exclamó Fleshly, como comprendiendo al fin.

— ¿La ruina? —repitió el teniente enarcando sus pobladas cejas.

—Bueno, yo le llamo así. Es una edificación muy antigua, sucia y repelente. Nadie se acerca por allí, salvo que lleve zapatos a prueba de ratas.

Bert miró al teniente de forma significativa.

—Eso es el templo de las ratas.

Fleshly se encogió de hombros. Se levantó de su butaca y dijo:

—Si quieren ver esa porquería, por mí no hay inconveniente, pero a ver si se largan pronto y no me estropean el negocio.

Fleshly comenzó a andar hacia un rincón de la sala del club, sorteando las mesas. Bert H. Hammon le siguió de cerca y el teniente hizo una señal con la cabeza a sus hombres para que le siguieran.

Se introdujeron por un angosto corredor, hasta dar con una puerta de hierro cerrada por dentro con cerrojo.

El propio Fleshly lo descorrió y la luz del día llegó hasta ellos, aunque tamizada por el cielo encapotado que oprimía a la gran

ciudad.

—Ahí tienen el patio y eso que el doctor Hammon llama la cripta de las ratas. ¿No es ése el nombre que le ha dado?

—Creo que es así como lo llaman las chicas del club —respondió Bert.

—La verdad es que tiene forma de templo antiguo y un aspecto siniestro —opinó el teniente con sinceridad.

Hammon gruñó:

—Lo que significa que yo tengo razón.

— ¿Razón? —se asombró Fleshly—. Si usted ha practicado el *free-love* con alguna socia de mi club habrá podido ver esa ruina por la ventana. ¿No es así?

A Hammon le hubiera gustado poder acusar a aquel rufián de ser el hombre que le cegara con su linterna, mas corría el riesgo de equivocarse, aunque intuía que había sido él.

Por ello, prefirió no responderle en aquella ocasión.

—Eso es una inmundicia —opinó el teniente—. Apesta, tendré que pasar una nota a la salubridad pública.

—Eso no es cuenta mía, teniente. En realidad, yo sólo tengo el club, lo de ahí afuera no me pertenece.

— ¿A quién pertenece, entonces?

A la pregunta del policía, Fleshly se encogió de hombros, replicando:

—Averígüelo. Hasta es posible que no pertenezca a nadie.

— ¿Dónde está Kid?

Bert Hammon había sido el que había preguntado y muy directamente a Fleshly.

— ¿Kid? ¿Quién es ese Kid, alguna cabra?

—Oiga, Fleshly, me estoy cansando de su cinismo. Usted sabe perfectamente quién es Kid.

—Teniente, ¿no convendría revisar la mente del doctor Hammon? Hay momentos en que me da mucho que pensar.

—Kid es ese extraño individuo de aspecto oriental que anda entre las basuras.

—Que yo sepa, no hay nadie aquí. ¿Quién iba a vivir entre las ratas?

—El rey de las ratas.

— ¿Ha oído, teniente? ¡Qué historia más fantástica, hasta resulta que tenemos un rey de ratas!

—Ustedes dos, por la derecha y ustedes dos, por la izquierda. Rodeen esa edificación y regresen a este pujito. Si encuentran algo anormal, díganlo.

Los hombres de Scotland Yard, obedeciendo las instrucciones del teniente, caminaron entre los escombros.

Las ratas se escondieron apresuradamente en sus guaridas.

— ¿Qué, han encontrado algún monstruo? —preguntó Fleshly sin abandonar su sarcasmo.

El sargento de Scotland Yard mostró su mano. Traía algo envuelto en su pañuelo.

—Teniente, he encontrado esta pistola del calibre veintidós.

—Vaya, una pistola. Pásela al laboratorio.

—He anotado el punto donde la he encontrado.

—Bien, sargento. ¿Tiene usted algo que objetar, a eso, Fleshly?

— ¿Yo? En absoluto. Cualquiera sabe quién ha podido arrojar esa arma ahí entre los detritos.

— ¿No se hace responsable de ella?

—Naturalmente que no, jamás la había visto.

— ¿Ha sido disparada, sargento? —preguntó el teniente O'Connor.

—No, teniente. El cargador parece intacto.

—Bien. Guárdela como posible prueba.

— ¿Prueba de qué? —inquirió Fleshly enarcando las cejas.

—Todavía no lo sé. Eso, pregúnteselo a su conciencia —gruñó el teniente.

—Vayamos a ese templo —propuso Hammon—, Quizá el extraño Kid esté escondido dentro.

Caminando entre los escombros, se acercaron a la puerta de la cripta. Hammon dijo:

—Creo que la llave la tiene el enigmático Kid.

—No sé de qué llave habla —gruñó Fleshly—. Empujando la puerta, se abre, pero, no esperen que sea yo quien entre. Esa ruina tiene goteras y cuando llueve se inunda. El agua se estanca y está mohosa, pútrida.

Empujó la puerta y ante la perplejidad de Hammon, ésta se abrió.

Tras un vestíbulo de apenas una yarda, apareció una segunda puerta.

El sargento, con una linterna, pasó delante y fue el primero en resbalar en aquel lodo hediondo. Cuando se levantó, no pudo contener unas cuantas maldiciones.

—Lo siento, sargento, ha quedado usted hecho una pena. Le aconsejo que se lave bien, y más si tiene heridas. Lo mejor sería pedir permiso y arrasar toda la manzana para levantar un edificio nuevo, ¿no les parece?

Ante el cinismo de Fleshly, nadie respondió, pero Hammon lo empujó suavemente. Muy a pesar suyo, el rufián no pudo evitar dar un paso hacia delante. Su constitución física no era la más óptima para guardar equilibrio y corrió aún peor suerte que el sargento.

— ¡Maldita sea, doctor Hammon, le voy a romper...!

—Quieto, Fleshly —le cortó el teniente—. El doctor sólo le ha pedido que pasara delante. Después de todo, es nuestro anfitrión.

En los ojos de Fleshly brillaba un deseo homicida contra Bert H. Hammon, mas no era aquél el momento para vengarse hallándose rodeado de policías.

— ¡Váyanse todos al diablo, conmigo no cuenten para nada! ¡Investiguen lo que quieran, yo voy a bañarme!

—Sí, será lo mejor, claro que está usted más podrido que el barro que le cubre —le espetó Hammon.

Fleshly bufó de rabia y sucio de lodo hasta el rostro, se apartó de ellos regresando al club.

Apoyándose en las mohosas paredes, llegaron hasta la siguiente puerta, que cedió quejumbrosa pero sin resistencia.

El teniente O'Connor, con los pies embarrados, gruñó:

—Si esto es sólo una tontería, creo que en el futuro no vamos a ser muy amigos, doctor Hammon.

—Dentro puede estar la solución.

—Aquí hay mucho barro y agua —gruñó el sargento, que por estar ya sucio avanzaba el primero, hundiéndose en el barro hasta unas pulgadas por encima de los tobillos.

Allí apestaba terriblemente y, al mismo tiempo, había una profunda sensación de frialdad.

La luz era escasísima. Sólo las linternas desplazaban oscuridad, barriendo las paredes con sus haces.

—No hay nada —masculló más furioso que decepcionado el teniente.

Se encontraban en una sala circular sin puertas. En lo alto había una cúpula abellotada de cuyo centro pendía una cadena con restos de algo que pudo ser el principio de una lámpara.

—Todo se ha desarrollado aquí. Estoy seguro de que en esta nave se han perpetrado los crímenes rituales.

El propio sargento, lleno de barro, avanzó unos pasos hacia el centro de la sala, pero retrocedió al percatarse de que se hundía más en el fango.

—Bah, aquí no hay nada. Lo que habría que hacer es desecar toda esta agua para que no se convierta en un foco de enfermedades. Esto debe de ser un caldo de cultivo para toda clase de microbios e insectos.

—Creo que lo único que vamos a poder hacer es pasar una nota a los de salubridad pública para que obliguen al propietario a limpiar todo esto.

—Teniente, en alguna parte hay una puerta oculta por la que yo escapé.

—Doctor Hammon, es cierto que hemos encontrado el templo, pero qué templo, es un basurero gigante. Voy a tener problemas para explicarle al juez lo que he hallado después de movilizar a tantos agentes en esta redada.

—Si va a dar la inspección por concluida, no le cuesta nada dar antes un vistazo a las paredes en busca de una puerta oculta

— ¿Pasadizos secretos? Oiga, doctor, además de escuchar las historias de los psicópatas ¿se dedica a leer novelas de terror, fantasmas y cosas de esas?

—Ya que está metido en el barro, nada le cuesta, ¿no?

—Está bien, está bien —aceptó a regañadientes—. Vamos, entre todos hay que tantear las paredes en busca de una puerta disimulada.

Todos se pusieron a buscar. Uno de los agentes resbaló cayendo dentro del viscoso Iodo y el malhumor del teniente aumentó, agravado por toda una noche de trabajo.

— ¡Basta ya, hemos tanteado todas las paredes, se terminó el jugar como idiotas! Vámonos.

Bert Hammon suspiró, desesperanzado, sin conseguir hallar la puerta por la que él había huido.

No comprendía nada. Quizá sí había sido todo una pesadilla producto de la conmoción cerebral. Debía de darse por vencido momentáneamente, aunque estaba seguro de que el extraño viejo de los ojos amarillo verdosos tenía que estar por allí, oculto en alguna parte, quizá observándoles en aquellos momentos mientras reía y reía.

CAPÍTULO XII

Se hallaba tendida en el sofá, escuchando música a través de su *cassette* de alta fidelidad. La música suave se esparcía agradablemente por el pequeño apartamento, sin perturbar las meditaciones de Sue, que, de pronto, se sobresaltó al escuchar inopinadamente el timbre del teléfono.

Se incorporó a medias. Tenía el aparato sobre una mesita y el apartamento era lo suficientemente pequeño como para no precisar un supletorio.

— ¿Será Bert?

Ya pensaba en el doctor Hammon, el acosado y joven médico del Blood Hospital, como Bert a secas.

Se daba cuenta de que había encontrado al hombre que podía completar su vida, pero ¿representaría ella lo mismo para él o simplemente sería una aventura más para Hammon?

Fue hasta el teléfono y trató de compensar el tiempo de duda cogiendo el auricular con apremio.

— ¿Diga?

— ¿Señorita Sue? —le preguntó una voz femenina.

—Yo misma.

—Soy la señora Conwell.

— ¿La señora Conwell?

—Sí, creo que nos cruzamos en la Morgue. Yo fui quien adoptó a su hermana Loly.

—Ah, sí —aceptó un tanto decepcionada, pues esperaba que fuera Bert el autor de la llamada.

—Señorita Sue, le agradecería que pasara por mi casa. Tengo algunos objetos que pertenecieron a su hermana y me gustaría dárselos personalmente, Claro que si está ocupada.

—No, no. ¿Dice que son cosas que pertenecieron a Loly?

—Sí, también algunos objetos que me entregaron en el orfelinato cuando la adopté, claro que si está acompañada...

—No, no, estoy sola en mi apartamento.

—Eso facilita las cosas. Venga cuanto antes, le entregaré esos objetos y ya no la molestaré más.

—No es molestia, señora Conwell, todo lo contrario.

—Entonces, la espero. Mi dirección es…

Sue anotó las señas de la señora Conwell.

Se colocó una gabardina sobre el pantalón y jersey que vestía y se dispuso a marchar, pero antes tomó el bloc y dejó una nota sobre la mesa. Bert Hammon tenía ya una llave del apartamento.

Tomó un taxi para dirigirse a la casa de la señora Conwell.

Nada más llegar, constató lo lujoso de aquel edificio. Subió al piso correspondiente y llamó al pulsador, pudiendo escuchar la campanilla electrónica.

Instantes después, como si la estuvieran esperando, la puerta se abrió, apareciendo la señora Conwell. Vestía una larga bata de estilo oriental y sonreía tratando de mostrarse amable.

—Pase, por favor. El servicio ha salido pero la atenderé yo misma.

—Me gustaría saber algunas cosas sobre Loly. Éramos gemelas.

—Lo sabía —admitió la señora Conwell, cerrando la puerta tras ella.

Sue vio aquel ambiente recargado, barroco, repleto de recuerdos orientales y africanos, propio de un miembro ultraconservador del partido de los tories.

La señora Conwell la condujo por entre aquellas estancias que oprimían. Había poca luz y muchas máscaras colgadas, en especial abundaban los objetos de la lejana y misteriosa India.

Sue, prudente, observaba sin hacer comentarios.

Al fin, llegaron a la terraza circular, que era un completo invernadero donde los guacamayos vivían sobre los arbustos y emitían sus chillidos de forma tal que a quien entraba allí le daba la sensación de hallarse en plena selva.

—Tome asiento, por favor.

—Sólo estaré unos minutos.

— ¿Tiene prisa? —preguntó la mujer de cabello gris tomando la botella que estaba sobre la mesa con superficie de cristal. Se sirvió a sí misma una buena cantidad de mou-ta.

—Es que tengo que ver a alguien.

— ¿Un hombre? —Sin esperar respuesta, añadió con una sonrisa —: Es natural, es usted tan joven y bonita. Se parece mucho a su hermana.

Sí, éramos gemelas. Creo que sólo cambiaba en nosotras el color del cabello.

—Se las podría confundir con facilidad, sólo que Loly, últimamente, por la vida que llevaba… —Al decir aquello, vació de un solo trago el contenido del vaso.

Sue, sentada en la silla de estilo Victoriano, se sentía molesta. Una extraña sensación de desasosiego la invadía y no sabía realmente

a qué atribuirla. No había motivo para temer a aquella mujer, pero la casa no le gustaba. Quizá Loly se había sentido desgraciada allí dentro, entre tantos y tantos recuerdos.

—Le voy a contar la historia de su hermana.

—La verdad es que no es necesario, ya la conozco.

—Ah, ya —Se sirvió otra copa larga de aquel extraño licor—. Se la ha contado ese joven psiquiatra. ¿Cómo se llama? Doctor, doctor...

—Hammon.

—Eso es, doctor Hammon. Vaya, con que él es el hombre que se ha fijado en usted, ¿eh?

—Somos amigos.

—No mienta, lo que pasa es que usted le ha puesto cerco —silabeó furiosa, olvidando su anterior amabilidad. —Las chicas bonitas como usted o su hermana sólo sirven para eso, para acosar a los hombres y hacerles caer en trampas. En el fondo son unas furcias.

— ¡Señora Conwell! —se indignó Sue, poniéndose en pie.

La mujer madura, que olía fuertemente a alcohol y se hallaba vestida con aquella extraña bata oriental, le puso la mano sobre el hombro y la empujó con gran fuerza, obligándole a sentarse de nuevo.

—Escúcheme. Yo he vivido muchos años confiando en la bondad de las gentes. Llegué a creer que hasta era bueno adoptar a un hijo cuando no se tenía propio y mi marido me dio esa niña como si fuera una muñeca de carne, una muñeca que él se encargó de estropear. —Se rió un poco, y Sue temió que el exceso de alcohol la estuviera llevando al borde de la locura.

—Creo que si me entrega esos objetos que pertenecieron a mi hermana, podré marcharme.

La señora Conwell hizo como que no oía las palabras de Sue o quizá es que, absorta en sus pensamientos, no la escuchó realmente.

—Mi marido era un ídolo para mí. Un hombre respetado, un hombre que viajaba y sabía traer todo el dinero que hacía falta. Todo iba bien hasta que la muñeca creció y desmoronó a George con sus caprichos, con sus insolencias. Llegó un momento en que ella sabía más de George que yo misma, pero George también comenzó a beber, rodaba veloz hacia su propia destrucción. —Volvió a servirse más licor —. El alcohol hace hablar y hablar y George fue desnudando su alma ante mis ojos. El gran George Conwell, aventurero y respetado...

Soltó una larga carcajada que sonó cascada y desagradable a los oídos de Sue, que tenía vivos deseos de abandonar aquella casa donde su hermana quizá debió de vivir momentos muy amargos, peores que los que ella había pasado en el orfelinato de Birmingham.

—Creo que otro día pasaré a buscar los objetos de mi hermana —dijo Sue incorporándose.

—Quieta ahí —le ordenó de forma tajante sacando del bolsillo

de la bata una pequeña pistola con la que encañonó a la sorprendida Sue.

Esta temió que aquella mujer, en su embriaguez, le disparara a matar.

— ¿Qué hace, señora Conwell?

—Estoy contándole una historia y no permitiré que la interrumpa. De modo que estése quieta, sentada y escuche.

Sue pensó que, por el momento, era mejor seguirle la corriente. No comprendía del todo a aquella mujer. Sabía de su amargura, de su alcoholismo, pero lo que estaba sucediendo en aquellos momentos la sorprendía profundamente.

—George tenía negocios varios, unos eran tapaderas de los otros. Se traía recuerdos además de importar yute, pero bien oculto, lo que traía de la India e Indochina eran drogas. Sí, él mismo, alcoholizado, me lo contó antes de que llegara el día en que se ahorcó. Traía drogas y poseía aquí un negocio que yo desconocía, al frente del cual había un tipo sin escrúpulos como él, pero que sí daba la cara, un tipo llamado Fleshly.

— ¿El del Red Moon Club? —preguntó Sue estupefacta.

—Sí, toda aquella manzana de casas era de mi esposo. Ahora, por ironía del destino y herencia legal, es mío, claro que mi nombre no aparece con facilidad. Todo se lo tengo arrendado a Fleshly y éste subarrienda de forma muy astuta cada uno de los comercios y apartamentos, así se quita las pulgas de encima si ocurre algo.

—Entonces, ¿todo aquel negocio de prostitución le pertenece?

La señora Conwell rió malignamente, sosteniendo la pistola con una mano y la copa con la otra,

—Sí, todo es mío por herencia. George habló y habló, desnudó su alma que estaba podrida y ya ve, ironías del destino, una chiquilla lo destruyó como a un muñeco. Pero no acaba aquí la historia. En realidad, George conservaba aquel extraño templo que una desaparecida secta babilónica edificó en Londres. Sólo es ahora una sucia ruina, pero a George le obsesionaban muchas cosas, para darse cuenta basta ver esta casa, con la cantidad de recuerdos que se trajo de los lugares más desconocidos.

Sue asintió con la cabeza, sin articular palabras. La casa era en efecto muy extraña.

—El vivía como un hombre respetable, pero era muy ambicioso. Cierto día, entre las misteriosas montañas del Norte de la India, casi rayando con el Tíbet y China, descubrió a un extraño ser al que las gentes del lugar temían, pero él no era supersticioso y pensó que con aquel hombre podía ganar mucho dinero en Londres. Se lo trajo aquí, bien oculto como las drogas que pasaba. Era un ser extraño, sin nombre. No hablaba, pero poseía unas misteriosas y extraordinarias

facultades. George pensó que a muchos ricos histéricos que creían en el espiritismo podría sacarle, dinero utilizando al viejo, pero se equivocó. Aquel ser no servía para hacer trucos, era maligno, como un demonio hecho carne, y una mujer de la alta sociedad, utilizada en la primera sesión, murió en la experiencia.

"Entonces, George comprendió por qué aquel ser era tan temido en los montes oscuros y misteriosos del Norte de la India y pensó que no lograría hacer negocio con él. Decidió llevarlo al Soho y le dijo a Fleshly que podía servir para dar un poco de miedo a las chicas, que acabaron llamándolo Kid.

”Lo que comenzó casi como una broma macabra se convirtió en una realidad, porque la primera castigada que serviría de lección a las demás murió de forma horrible y a George se le ocurrió la idea de meterla en un ataúd. Por eso pidió a Fleshly que sus hombres robaran unos féretros. La primera de las chicas apareció flotando en el Támesis y el miedo atenazó a las otras mujeres sometidas a Fleshly.

—Señora Conwell, todo lo que me cuenta es horrible.

— ¿Horrible? George se ahorcó, fue el final que en realidad merecía y yo, hasta entonces una tapadera para él como mujer respetable y con amigas por todas partes, heredé un sucio negocio y un monstruo que asesina de forma espeluznante. Ese fue el castigo que di a Loly.

— ¿A Loly?

—Sí. Supe que frecuentaba el Soho y le dije a Fleshly que ella debía de correr la misma suerte que las otras sacrificadas a Kid. De esta forma, serviría como ejemplo para otras intrusas que se acercaran al Red Moon Club. A Fleshly no le pareció mal, y Loly recibió el castigo que merecía.

—Dios mío, Dios mío, nunca creí que pudiera existir tanta maldad.

— ¿Maldad? ¡Kid, Kid, ven!

Por entre los arbustos, al final de la terraza, apareció aquel maligno viejo con barba de chivo, ropas sucias y dientes afilados como agujas.

Sus orejas, grandes y puntiagudas, carecían de lóbulos, pero lo que más impresionaba de él eran sus ojos amarillo verdosos que miraban obsesivamente.

— ¡Es él, el hombre de la cripta de las ratas! —exclamó Sue ahogadamente.

Sin dejar de apuntarle con la pistola, la señora Conwell explicó:

—Sólo es un ser idiotizado con extraños y malignos poderes, que no pueden ser controlados como hubiera deseado George para amasar más riquezas. Mírelo bien. Brotó de las entrañas de los misteriosos montes, al Sur del Himalaya. Quizá es una criatura infernal, pero es el

ser más perfecto para castigar y usted es el vivo retrato de Loly, de toda mi amargura, y tengo que borrarlo. Sí, borrarlo, y Kid se encargará de ello.

— ¡Por favor, señora Conwell, piense un poco! ¡Ese viejo debería de estar en un manicomio!

— ¿Un manicomio? —Soltó una brutal carcajada en tanto el maligno Kid no apartaba sus ojos de Sue, poniéndola más y más nerviosa, haciéndole revivir el espanto sufrido en la falsa pesadilla, que no había sido más que una llamada telepática y angustiosa de su hermana antes de morir

De entre los pliegues de sus sucias ropas, Kid sacó un extraño medallón que pendía de un simple cordón. El medallón era un ojo fosforescente que comenzó a moverse en forma de péndulo ante las pupilas de Sue.

—Pobre Kid… Se conforma con comer desperdicios y vivir entre las ratas, si de vez en cuando se le entrega una víctima para saciar su sed de sacrificios, porque aunque no nos lo ha dicho, quizá adora a algún extraño demonio cuya identidad oculta celosamente. Confieso que la primera vez que Fleshly me lo mostró, me alarmé, pero luego me convencí de su utilidad y castigué a Loly, sí, la castigué. Tú eres un poco de ella misma por eso debes de seguir su camino.

Sue no lograba apartar la mirada de aquel ojo fosforescente que oscilaba. Sentía sobre sí la influencia de aquellos ojos amarillo verdosos mientras escuchaba cada vez más lejanas las palabras de la señora Conwell.

CAPÍTULO XIII

Bert Hammon viajaba a bordo del coche policial cuando el teniente O'Connor, con los pies llenos de lodo y el ánimo de malhumor, recibió una llamada por radio.

—Al este de la city, junto al Tower Bridge, ha sido hallado un nuevo ataúd.

Hammon y el inspector se miraron, preocupados. Fue el teniente quien ordenó:

—Rápido, vayamos a ese punto.

El auto aceleró la marcha, haciendo ulular su sirena.

No tardaron en llegar a la orilla del río donde había varios agentes que acordonaban un féretro que había sido sacado del agua. Los curiosos que pretendían acercarse al lugar eran apartados rápidamente.

—Ya lo ve, doctor Hammon, otro ataúd. La serie no acaba.

—Sólo queda ya uno.

—Sí, pero es suficiente para que se produzca una nueva víctima.

—Uno de los agentes preguntó:

— ¿Lo abrimos, teniente?

—Sí, ábranlo. Luego pediremos al juez que se presente aquí para levantar lo que supongo hallaremos dentro.

El ataúd fue forzado por los agentes de Scotland Yard y su tapa comenzó a ser levantada ligeramente, para que los curiosos, difícilmente contenidos, no saciaran su morbo.

—Qué espanto. Tan horripilante torturada como las otras. Sus cuerpos quedan irreconocibles excepto la cabeza, Es una manía del sádico que las asesina.

—Teniente O'Connor, ésa es Brenda, la chica del apartamento del Red Moon Club —gruñó Hammon.

—Diablos, creo que Fleshly ya no va a tener las cosas tan fáciles ahora. Esta identificación complica su situación.

—Espero que la pistola hallada también le dé algún dato más, teniente.

—Sí, el laboratorio dirá lo que sea. Si hay huellas identificaremos al propietario del arma aunque esté muerto, ya que conservamos las huellas necro dactilares. Estos crímenes tan

horrendos deben de ser castigados con severidad. Por cierto, doctor Hammon, ya que está inmerso en este caso, le daré un dato más que nuestros servicios de Scotland Yard han averiguado.

—Usted dirá.

—Fleshly tiene arrendada toda la manzana a los Conwell, es decir, al fallecido George Conwell, pero luego lo heredó todo su esposa. La verdad es que los papeles están un tanto complicados, porque hay arriados y subarriendos.

— ¿La señora Conwell? Qué extraño. ¿Va a hacer algún cargo contra ella?

—Por el momento, no. Quizá la honorable señora Conwell no tenga ni la menor idea de para qué utiliza Fleshly lo que tiene arrendado.

—Sí, pero es un poco sorprendente. En fin, es su caso, teniente, y ahora le dejo. Creo que ya es bastante para mí haber identificado este cadáver.

—Sí, facilita mi labor. Llevaremos a Fleshly a la comisaria y lo someteremos a más interrogatorios. Ahora ya hay un cadáver y un testimonio.

El joven psiquiatra se alejó del río.

Tomó un taxi y se dirigió al piso de Sue, donde suponía que la muchacha le estaría esperando.

Mas, halló el apartamento vacío y al descubrir la nota junto al teléfono y ver escrito el nombre de la señora Conwell, frunció el ceño y tuvo un presentimiento.

Salió del apartamento y buscó su “Morris”. Con él se dirigió rápido a la casa de la señora Conwell en Paddington, cuya ubicación ya conocía por haber estado con anterioridad.

Llamó insistentemente con la campanilla electrónica.

Al fin, la puerta se abrió y apareció el semblante adusto y severo de la criada Adely.

— ¿Dónde está la señorita Sue?

— ¿La señorita Sue? Ignoro de quién me habla, doctor Hammon.

—Vamos, sé que ella está aquí —dijo introduciéndose en la casa.

— ¡No tiene usted derecho a pasar, la señora Conwell no está en estos momentos!

—La señorita Sue, hermana gemela de Loly, ha venido aquí. Estoy seguro de ello y quiero verla,

—Yo no sé nada. Hace poco que he llegado y la casa estaba vacía.

Agravando su gesto, Hammon se inclinó sobre la criada y advirtió entre dientes:

—Si le ocurre algo a la señorita Sue, usted será cómplice y la ahorcarán. ¿Lo entiende? La ahorcarán, porque usted sabe muchas

cosas que oculta.

Al ver el miedo en el rostro de aquella mujer, Hammon comprendió que había dado en el blanco.

— ¡Yo no soy culpable de nada! La señora está loca, bebe mucho y se ha trastornado. Me ha mandado a comprar y cuando he vuelto, ya no estaba.

—Pero, usted no es tonta y sabe que aquí ha venido otra mujer.

—Bueno, yo —tartamudeó— he encontrado un bolso en la terraza.

— ¿Un bolso? Veámoslo.

La criada, vencida por el temor a pagar la locura de su ama, le condujo a la terraza y allí le mostró el bolso que había hallado y que, por su contenido, Bert identificó como propiedad de Sue.

— ¿Adonde se la ha llevado?

—No lo sé.

—Sí sabe. Creo que la señora Conwell está loca o le falta muy poco y usted, por vivir aquí sola con ella, conocerá sus secretos. Si ayuda a desvelarlos, la justicia no la acusará, sino que le dará las gracias. En cambio, si lo oculta, pueden acusarla de complicidad. Acabo de ver un ataúd sacado del Támesis y dentro había el cuerpo de una desgraciada horriblemente torturada.

—Bueno, yo seguí una vez a la señora hasta los sótanos del edificio. Allí se abre una puerta que da a las galerías de colectores, pero no me atreví a seguirla más trecho.

— ¿Quiere decir que en una ocasión se fue por las cloacas?

—Sí. En el despacho que pertenecía al señor Conwell hay un mapa de Londres y un día, por casualidad, descubrí una cosa muy extraña.

—Veamos qué es.

Se dirigieron al despacho, ahora sumido en sombras y en una de cuyas paredes colgaba un mapa dé Londres.

La criada accionó un resorte oculto en el marco y, al pronto, se iluminó un recorrido con una débil luz violeta.

—Parece una ruta marcada y que parte de esta misma casa. Luego, por las vías principales, se dirige al Soho y se detiene justamente aquí... —Puso el dedo en el lugar del mapa que correspondía a la ubicación de la cripta de las ratas—. ¿Tiene una linterna?—pidió.

—Sí, tenemos una para casos de emergencia.

—Démela, tengo prisa. Si es lo que temo, Sue corre verdadero peligro de muerte.

Bert tomó la linterna y rápidamente descendió a los sótanos del edificio donde se hallaban las calderas de calefacción.

Encontró la puerta de hierro que daba a los colectores y que

permanecía abierta.

Bajó a las cloacas y anduvo por ellas tratando de seguir la ruta y no perderse. No tardó en hallar unas marcas significativas hechas en las paredes con pintura fosforescente que le señalaron el camino.

Sólo tuvo que seguirlas y de esta forma avanzó por los colectores hasta introducirse en el Soho.

Llegó a un pequeño colector dentro del cual se abría una trampilla de hierro, marcada a su vez con la pintura fosforescente.

La empujó y pasó a un corredor más amplio.

Junto a él descubrió una oquedad que no había visto cuando escapara herido por allí, pues carecía de linterna. Dentro había un ataúd. Se sobrecogió.

Se acercó a él y levantó la tapa, esperando hallar lo peor. Suspiró al verlo vacío.

De pronto, escuchó un grito horripilante de mujer.

Pensó en Sue y corrió hasta descubrir la puerta falsa que daba a la cripta de las ratas, una puerta que en realidad era un enorme bloque de piedra que giraba sobre un eje.

Bert abrió con facilidad aquella puerta disimulada y descubrió el recinto cenagoso del templo.

En el techo oscilaba en círculo un ojo fosforescente y comprendió que aquello no era más que un falso ojo iluminado por luz eléctrica que llegaba hasta allí con un cordón eléctrico convenientemente disimulado.

El cono lumínico de su linterna barrió la nave de la cripta.

Allí estaba la señora Conwell, que miraba obsesa el ojo que giraba y giraba. En otro rincón, Kid permanecía en cuclillas, con los ojos abiertos, pero no miraba. Se hallaba ensimismado, como en trance.

Al fin descubrió a Sue, pero su cabeza estaba encerrada dentro de un yelmo de acero que en vano intentaba quitarse mientras gritaba horripilada.

— ¡Sue, Sue, espera, estoy aquí! —le gritó corriendo hacia ella.

Chapoteando entre el fango, guardando el equilibrio para no caer, corrió hasta Sue y la sujetó tratando de calmarla.

De súbito, quien lanzó un violentísimo alarido de terror, mientras no apartaba la mirada de aquel falso ojo electrónico que giraba y giraba de forma obsesiva, fue la señora Conwell, que saltó al centro de la nave y comenzó a revolcarse en las aguas enlodadas, salpicándolo todo a su alrededor.

— ¡Abran, abran, en nombre de la ley! —gritaron afuera voces que llegaban muy lejanas.

Arrastrando a Sue que luchaba por lanzarse al centro de la nave lo mismo que había hecho la señora Conwell, que se iba debilitando

en su trágico chapoteo, pues lo salpicaba todo de sangre, Bert llegó hasta las puertas que daban al patio de las ratas y descorrió los cerrojos.

La luz del día penetró en el tétrico recinto y se encontró ante el teniente O'Connor, que gritó:

— ¿Qué pasa aquí, quién chilla?

—Son los sacrificios, teniente. Yo he llegado por los colectores. La señora Conwell está ahí en medio, pero tenga cuidado, ocurre algo muy raro.

Fuera ya del templo, con ayuda de una ganzúa, el sargento de Scotland Yard quitó el yelmo de acero a Sue. Bert la despertó con sus conocimientos de hipnotismo.

— ¡Bert, Bert! ¿Qué ha pasado?

— ¡Doctor Hammon! —gritó el teniente.

—Un momento, Sue. Quédate aquí afuera, en seguida vuelvo.

Junto con los agentes que habían regresado al Soho para detener a Fleshly tras el hallazgo del cadáver de la infeliz Brenda, Sue se quedó esperando.

Hammon llegó al otro lado del teniente O'Connor, quien estaba ante el cadáver de la señora Conwell.

—Está muerta, repleta de heridas.

—Fíjese, teniente y tenga cuidado. Por eso me corté yo cuando fui traído a esta cripta. Su centro está lleno de botellas y vasos rotos. Las víctimas del sacrificio son traídas aquí e hipnotizadas para hacerlas creer que monstruosas ratas les atacan. Ellas, tratando de defenderse, se revuelcan desesperadamente sobre los cristales cortantes aquí acumulados hasta que pierden la vida, desangradas y con multitud de heridas.

—Pero ¿quién lo hace?

—Kid.

Bert Hammon enfocó con su linterna el rostro apergaminado de aquel extraño oriental, que semejaba escrutarles con sus ojos amarillo verdosos.

Se acercaron a él y al tocarlo, se derrumbó.

— ¡Está muerto! —exclamó el teniente.

—Parece que ha muerto durante el trance. Era un ser perverso, una aberración natural. Al entrar en trance, imaginaba una situación horrible que conseguía transmitir a sus víctimas hipnotizadas previamente y ellas mismas se mataban al revolcarse sobre los cristales cortantes, ocultos bajo el barrizal. Yo escapé con vida porque no logró hipnotizarme, para lo cual empleaba ese falso ojo y su mente extraordinaria y enigmática. Creo que jamás sabremos los verdaderos y malignos misterios que ocultaban el cerebro de Kid. Ah, por esa falsa puerta encontrará el último ataúd sin usar. Estaba destinado a Sue.

—Creo, doctor Hammon, que tendrá que ayudar mucho para esclarecer todo este oscuro asunto de la cripta de las ratas —masculló el teniente.

—Será difícil aclararlo. Es un caso de parapsicología derivada hacia lo negativo. En estos asuntos, dos y dos no son cuatro. Por el momento, puedo asegurarle que el misterio de los ataúdes flotantes se terminó. Ahora, disculpe, Sue necesita ayuda moral. Debe de estar obsesionada por lo ocurrido.

—Sí, sí, vaya, pero de todo este basurero no escapará nadie y menos ese Fleshly y sus secuaces.

Ya en el exterior, Hammon se acercó a Sue y la abrazó para infundirle confianza y tranquilidad.

—Bert, Bert, tengo que contarte...

—Habrá tiempo para todo, Sue, la pesadilla terminó ya.

La besó en los labios con tal suavidad que la calmó por completo.

FIN

¡LORENA

ES UN ÁNGEL QUE SE PASEA POR EL FANGO DE
VIDA, TRATANDO DE NO MANCHARSE CON
¡AUNQUE TODOS QUIERAN HUNDIRLA EN EL OP
BIO Y LA DESHONRA MAS ABYECTA!



¿RESISTIRÁ TANTAS ASECHANZAS?

LEA ESTE APASIONANTE RELATO DE CORÍN TELLADO QUE EDITORIAL BRUGUERA PUBLICA MANALMENTE, CON MULTITUD DE FOTOGRAMA

Y ESCUCHE SU VERSION RADIOFÓNICA, POR-CU QUIERA DE LAS 65 EMISORAS DE LA REM-CA CES,A LA HORA DEL SERIAL.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 25 PTA

Impreso en Españ